Rafael del Moral

# QUINCE HISTORIAS DE AMOR

Calibán editores
2005

# ÍNDICE

AQUELLA TARDE DE ABRIL ..... 3
CONOCIENDO A LAURA ..... 9
DOS INGLESAS ..... 19
EL AMIGO DE ISABEL ..... 25
ELEFANT & TRUMPET ..... 37
MANUEL Y VALENTÍN ..... 52
MUJER TRISTE Y MISTERIOSA ..... 62
NÚMERO DOS ..... 70
PARA DECIR ADIÓS ..... 77
SEGUIR A TERESA ..... 84
TAN LEJANAMENTE CERCA ..... 93
YA NO ABRE POR LAS TARDES ..... 107
UN EXTRAÑO EN MI VIDA ..... 114
YAFAR ..... 131

# AQUELLA TARDE DE ABRIL

No fue así, Luisa, y no supiste entenderlo. Lo hizo la casualidad, aunque eso signifique poco. Y como aún acaricio con placer los extravagantes archivos del recuerdo de aquella tarde de abril, quiero recordarla, Luisa, tal y como se ha acomodado en mi casquivana memoria.

Poco antes de la coincidencia que iba a propiciar nuestro furtivo encuentro yo había pasado dos horas de vigilancia en el aula. A través de unos cristales sucios y polvorientos, estructuras metálicas de cables de luz, edificios de ladrillos rojos, solares de tierra y lodo, niños mugrientos que corrían tras un balón, y gritaban, sol de tarde primaveral. Los estudiantes, silenciosos, se afanaban en añadir líneas. Los miraba, abstraído, sin verlos, con la intención de cumplir, sin advertirlo, con la aceptada obligación de evitar que redactaran con una inspiración distinta a lo pactado. Más de tres decenas de cabezas inclinadas sobre el papel. Libros en el suelo, en las sillas. Carpetas con pegatinas. Forros de plástico, hojas sueltas, polvo, desorden de mesas y sillas. Mientras paseaba, Leía unas cuantas páginas, surgidas al azar, de un libro olvidado o perdido.

Bajé las escaleras, ya solitarias, los exámenes bajo el brazo. Contraste de luz de atardecer, tan inusitado todavía. Me

armaba de razones para caminar sin prisa, con la tranquilidad de quien no ha previsto nada que hacer. Tarde sin premuras. Algunos alumnos conversaban en el zaguán. La portera, que me vio andar despacio, saludó con cuidada cortesía.

Pasillo vacío. Un rayo de sol inunda la sala de profesores. Soledad. Algún profesor retrasado, tan libre de planes, sin prisa, abandonaba el recinto. Por eso, por el rayo de sol horizontal, no pude ver la figura de Isabel, tan menuda, y sus tonos pelirrojos, y sus pequeñas mechas de cabello huídas del peinado. Se había sentado en una silla separada de la hilera pegada a la mesa, con los pies cruzados y la mirada en el vacío. Y me dedicó una leve y, tal vez, cariñosa sonrisa, a modo de saludo, sin añadir palabra alguna. Me dio entonces que me estaba esperando, que tú, Luisa, y ella, habíais pensado dar una vuelta aquella tarde tan precipitadamente inundada de luz, y que si yo quería acompañaros. Y le dije que sí, claro, y no añadí, por vergüenza, que estaba encantado. Isabel radiaba en elegancia y surgía en aquel atardecer excepcionalmente simpática. Entonces tú, pantalones vaqueros, amplia mirada, hojas de exámenes, labios rojos, paso rápido, potente voz, entrabas decidida, con la firme voluntad, así lo dijiste, de abandonar lo antes posible el Instituto. No sé qué historia contabas sobre las preguntas del examen de física que acababas de poner… no sé qué cuentos... Propusiste que fuéramos a la cafetería de al lado, a esa de dos puertas que abren a calles distintas, la que atraviesa, como túnel, el edificio. Y propuse, tímido, que nos alejáramos de aquel barrio inhóspito. Y no fue difícil convenceros porque la tarde, malva y seductora, ya lo veíamos, se prestaba a huir… y a mil cosas más.

Me seguíais en el coche de Isabel. Desde el retrovisor imaginaba vuestras conversaciones. Aparcamos, recuérdalo, en la calle Doctor Velasco y, desde el principio, apenas vimos los primeros árboles del Retiro, preguntabas con interés por sus nombres científicos, tan conocidos por la bióloga Isabel, tan interesada en ellos. Y te informaba satisfecha, ampliaba datos, distinguía especies, y tú hacías esfuerzos por retener los nombres entusiasmada con el juego cultural y, mientras tanto, yo trataba inútilmente de recuperar el estado natural de las personas, sentir el relajamiento de los músculos, moverme sin complejos ante vosotras, tan experimentadas y tanto más diestras. Y cuando aprecié ese placer de pasear con quienes había admirado en secreto desde mi modesto y reciente oficio, perdí el tono natural de voz. Y me parecieron, seca ya la garganta, pobres y escasas mis aportaciones a la conversación. Por eso, y durante algún tiempo, dejé de hablar. Mi atuendo, torpe, mi cuerpo, voluminoso, mis pasos, indisciplinados. Luego, con la noche, la debilidad se atenuó. Y de esa sensación, Luisa, intentaba en vano desasirme cuando os veía a Isabel o a ti. Y aún ahora, fíjate, tan lejos de aquellos días, todavía no la he perdido, y surge apenas pienso en volver a estar contigo, o con Isabel, a quien, como sabes, tanto aprecio.

Nos sentamos en una terraza junto al Palacio de Cristal. Mesas de hierro mal teñidas de verde. Color perdido a trozos. Fragmentos ocres de óxido. Tomabais agua mineral. ¡Qué invento! ¡Eran tan pocos quienes por entonces pedían agua mineral en las terrazas…! La charla se prolongó hasta casi media noche. Durante la velada eché de menos algo para

mitigar, ilusoriamente, la timidez, y ese indescriptible recelo. Ninguna fumabais… La conversación nos envolvió, y debes recordar que fue variada, eventualmente frívola, emocionante por momentos, incidentalmente tensa. De astrología, de alimentos naturales, del instituto, de viajes, de la vida en Madrid y al final de nosotros mismos. Ahí queríamos vernos enzarzados en opiniones y anécdotas. Isabel añadía detalles tan íntimos que no hubiera pensado que se atreviera a contarlos delante de mí. Historias escasamente ocultas en profundas opiniones sobre el sentido de la vida. Reconoce que tú te expresabas con reserva y miramiento, por eso apenas permitías que entreviéramos alguna chispeante anécdota que desmentías más tarde. Recuerda que mucho tiempo después, cuando había madurado tu prudencia, empezaste tímidamente a nombrar con letras capitales y perífrasis, en la soledad del jardín, tus secretos, Luisa, que siempre has sido muy reservada. Yo no sé, porque lo confundo en el pasado, lo que nos llevó a hablar del matrimonio. Pudo ser Isabel, con sensatez, con un lento y envolvente tono teorizador que protegía y defendía con tenacidad cualquier actitud frente a la pareja: casado, soltero, separado, malavenido, divorciado… Mis farragosas opiniones, tan débiles como ingenuas, interrumpían frías de cuando en cuando, descompasadas, aturdidas, apenas valoradas… Ese niñato de inglés, el nuevo, debíais pensar desde vuestra ajustada veteranía…

La noche había avanzado sin advertirlo. Y salimos hacia la calle Alcalá, menos oscura, y nos contó Isabel (¡qué desparpajo!) tantas y tantas cosas... Por el Paseo de Coches pisábamos los clavos de hierro del control de velocidad. Luego, fue-

ra, ya no había espacio para los tres en la acera, y yo, solitario, tras vosotras. Habíamos caído en temas triviales, de esos que ya solo servían para evitar el silencio. Fue entonces cuando conté de manera estúpida e ininteresante mis extrañas preferencias, y luego pasé muchos días de aflicción y reproches.

Propuse, no sé cómo me atreví, acompañarte en mi coche. Por entonces me sentía compañero de la noche y la dejaba pasar, muchas veces, hasta despuntar el día. Eran más de las doce, o de la una, o incluso más tarde, Luisa, ¡qué mal recuerdo la hora! Solos (tú a mi derecha, y yo, al volante) subíamos por el paseo de la Castellana cuando, al salir de un semáforo, te invité, con palabras sueltas, sin orden y entrecortadas, a prolongar la velada en una cafetería. Me espantaba pensar que dijeras que no y tener que curar, otra vez, con tiempo incalculable, esa herida en el orgullo. Recupéralo del olvido, Luisa, si puedes. Aceptaste, sí, dijiste que bueno, que donde yo quisiera. Por entonces no conocíamos los lugares de la ciudad, los que luego fueron nuestros. Y tú me propusiste, ya cerca de tu calle, subir al solitario apartamento, recoleto y femenino, y yo, Luisa, te acompañé gustoso para consumir la noche, hasta el amanecer, entre los más reservados secretos de tus dominios.

Y aquel fue el principio de una época de nuestras vidas que ha terminado hace unas horas. Para evitar que se pierda empujada por el tiempo hacia el olvido, para evitar que el peso de los años nos haga transformar la finura y gracia de lo que realmente ha sucedido, para que permanezca imborrable en la excelsa memoria, para que sepamos de qué manera

tan profundamente emocionante se inició, he resuelto, Luisa, plasmarla en estas líneas, para que sepamos siempre que en cualquier momento de nuestras vidas, de cualquier vida, como en aquella inesperada noche de abril, se puede encender una llama de dulce y triste recuerdo.

# CONOCIENDO A LAURA

La primera vez que oí hablar de Laura alguien leía una carta que ella había escrito. En nada se parecían las trenzadas palabras a esas líneas plomizas que rellenan papel, renqueantes y salpicadas de exigencias, con tantos tropiezos como balanceos. Las palabras de Laura fruían dignas y en calma, sin baches ni alteraciones, suaves y excitantes, sugestivas, tiernas. Le reservé un lugar privilegiado en la memoria.

Dos años después conocí, también al azar, a Laura. Iba a quedarse unos días. Apareció en la terraza de una cafetería un atardecer víspera de la noche de San Juan. La realidad borró mi imagen anterior de escritora epistolar, y ahora, en vivo, me sentía obligado a reajustarla. No era el ángel que había imaginado, no, sino mucho más perturbadora.

Laura se acomodó en mi pensamiento. Gestos de manos ágiles y voladizas; voz peregrina, cadenciosa y espaciada que redactaba cartas orales; obstinado y díscolo perfil; exigente y dulce mirada; bolso extravagante y lustroso.

Apareció de nuevo en la silenciosa y taciturna penumbra de la noche de San Juan con una mirada insondable. Una luz,

tenue y peregrina, apenas permitía adivinar sus facciones. A la discreción de mi mirada se añadió el entusiasmo. Su semblante, no pude evitarlo, irradiaba ternura, su perfil dibujaba trazos que la naturaleza reserva a estética la más exigente. Unas horas después, lejos de ella, incapaz recordar su imagen, luchaba sin premio por restaurarla como si quisiera recomponer la de algún dios.

La tercera vez que vi a Laura, unos días después, ignoraba aún casi todo sobre ella. Apareció, también acompañada, en una de esas cenas improvisadas. Nos acomodamos, no sé si por casualidad o porque los dos lo deseábamos, uno al lado del otro. Y como quien es víctima de una puñalada en la esquina de una noche oscura, como quien oye una noticia temeraria, como quien es alcanzado por el rayo sin sentir la tormenta, como quien se arrodilla espontáneo ante un ídolo, como quien siente un repentino dolor sin sufrimiento, me enamoré de ella.

La sonrisa de Laura rompía la gravedad del tiempo, la densidad de los instantes, y se adueñaba de mi voluntad como un regalo celeste y travieso. Hay quien luce una expresión alegre tan insertada en su rostro que cuando la necesitan porque la situación lo exige no queda contraste que añadir. Las alteraciones de Laura, radiantes y hechiceras, se mostraban como tiernos regalos de la vida. Su expresión dejaba al desnudo una ternura oculta y astuta, cándida y maliciosa, un dulce retozo.

Aquella noche de la cena en que Cupido me hirió sin escrúpulos, de regreso ya a casa, sucumbí derrotado. ¿Debía rechazar aquella elección de los instintos, aquel deseo de

dulce tormento tan ajeno a propósitos e intenciones? Saber de ella, conocer sus pasos, observarla y contemplarla y dar espacio a la emoción... De repente no había nada más en mi vida, todo lo demás había dejado de ser importante.

Y tuve que inventar, porque no podía evitarlo, una excusa insólita y llamar al teléfono de su provisional casa de verano con el difícil proceder de evitar a quienes la acompañaban. Y no fue para invitarla al cine, o a cenar, ni a tomar café o a dar un paseo, que nada de eso hubiera sido aceptado. A la biblioteca, pensé. Así parecía exigirlo la prudencia. Si alguien descubría nuestro impropio encuentro en pareja, tan desautorizado por una norma tácita, parecía más justificado que la excusa fuera una inquietud intelectual. Laura no se negó. Observé interesado sus gestos cuando la vi salir de casa a hurtadillas, elegante, señera, grave, sin que nadie lo advirtiera. Una insólita excusa, que nunca supe ni quise saber, consintió el abandono de su venerable recinto familiar. Se sentó a mi lado en el coche. Por entonces no me hice preguntas sobre la elección de su atuendo, pero mucho después recompuse aquellas faldas ajustadas, los zapatos elevados, la camisa verde, y el peinado, melena ceñida y recoleta, tan graciosamente acorde con su imagen. Laura lucía un estilo propio, el suyo, pero la tarde de la biblioteca se había vestido para mí, y había cuidado, también para mí, los más considerados detalles. El perfume era el mismo.

Preferí el camino más largo, el que evitaba la ciudad. Una torpe voluntad, incapaz de expresarse con convicción, balbuceaba frases inexpresivas, palabras comunes que contribuían poco al entendimiento. Todo parecían errores: la elección de las calles, el lugar del aparcamiento, la desmaña en los modos de andar y, ya entre libros, las escasas razones de la visita. De repente, parecía haber dejado de interesarme cualquier cosa que no fuera contemplarla, acercarme a ella, y luego separarme, oír aquella voz dulce y exótica de sonrisa suave y ardorosa, susurro de palabras pegadas al oído en el silencio de una sala rodeada de volúmenes. Aquel encuentro solitario y clandestino, no se prolongó. La dejé cerca de su casa, con la misma precaución, antes de que se pusiera el sol. Los dos sabíamos, sin decirlo, que nadie, ni los amigos más cercanos, debía tener noticias de aquella visita, ni siquiera aliñada con el tinte cultural.

Todos los planes para los siguientes días, que ninguno de los dos, tan temerosos como alarmados, quisimos cultivar, languidecieron como pompas de jabón. Con la esporádica visita a la biblioteca, y sin previsión alguna, dejé de ver a Laura.

Y si dos semanas después no hubiera ocurrido una nueva y fortuita coincidencia, Laura habría desaparecido de mi vida para siempre. Fue otra vez ese encuentro entre amigos en la amplia terraza de una plazoleta veraniega. Laura esta vez se sentó, porque así lo exigía el formulismo, en el extremo opuesto al mío. Ni siquiera pudimos, tan distantes, intercambiar un par de palabras, pero en las despedidas encontró ocasión para decirme, discretamente, que para cuando dejá-

bamos la siguiente visita a la biblioteca. Era el renacer de la esperanza, y también del desconcierto.

En aquella segunda salida, inspirada, otra vez, en excusas afinadas se alzó, mucho más fluida, una conversación larga y vivificante, regada con cervezas en la terraza de un bar oculto en los soportales de una placita recóndita que parecía especialmente diseñada para hospedar palabras de amor. Aunque remisa en los primeros pasos, Laura desnudaba, sin quererlo evitar, su pensamiento. Aquella tarde sí, aquella tarde, estaba claro, quería estar conmigo, feliz y relajada, sin ánimo de poner límites al tiempo. Y la velada se prolongó furtiva hasta todo lo tarde que permitía la norma, e incluso más allá. No sé lo que tuvo que inventar para explicar su ausencia. Pertenece a esos secretos que la educación aconseja omitir.

El tercer encuentro, tan clandestino como los anteriores, se prolongó sin límites, y aún así aquellas ocultas horas robadas se consumieron como un instante. Pequeñas botellas de agua refrescaban la sequía de nuestras desbocadas gargantas, constante reflejo de las emociones, sorbos para calmar la llama que consumía el deseo.

— Tres días sin comer, y casi sin dormir. He tenido que decir que estoy enferma para que nadie se dé cuenta.

— No hables de eso, Laura, no nos corresponde. Yo tampoco puedo vivir… pero tenemos prohibido decirlo.

— No puedo prohibírmelo. No sé que me ha pasado pero te quiero, te quiero tanto que ahora no sabré vivir sin ti. Tengo a siempre a un hombre junto a mí, y mi corazón está con otro… contigo…

— Cállate Laura, si hablamos de sentimientos podemos asegurar que la tragedia ha de ceñirse sobre nuestras torpes voluntades.

— La tragedia ya se ha iniciado, Andrés, y no tiene marcha atrás… Yo no puedo quitar de mi instinto lo que ya se ha instalado y acomodado sin remedio.

Nos despedimos, enternecidos, al amanecer, con gestos efusivos, penetrantes, y tan profundos y sensuales como dulces. Como testigo, la discreta esquina donde ya la había dejado otras veces. Y sin controlar mis movimientos puse en marcha el coche y le dije adiós… para siempre.

Apenas había hecho unos metros, lentos, ebrios de emoción, giré al lado contrario al exigido hasta encontrarme en la esquina donde había dejado a Laura. Y ella, como si sospechara que yo, atraído como un imán, iba a regresar irremisiblemente, estaba allí esperando. Y subió de nuevo al coche. Aquellas horas, que iban a ser las últimas, se prolongaron, sin condiciones, hasta más allá del amanecer. Nunca antes, ni después, vi despertar un día tan mágico. La prórroga fue un regalo añadido que tuvo como testigo un improvisado y modesto hotel de las afueras de una población perdida.

Unas horas después Laura y los suyos tomaban un vuelo de siete horas. El despegue, que viví en la distancia, dejó astillado un corazón que por entonces creía haber superado todas las pruebas y que ignoraba que no había vencido ninguna. Siete horas y muchos minutos más se hicieron eternas. Después, de nuevo su voz en la distancia confundida entre furtivas lágrimas y sollozos incontrolados.

Los días sin Laura se vistieron de luto y monotonía y dejaron en el guardarropa el sayo de la gracia, las prendas de las emociones, los abrigos de la razón. Un intenso y recurrente pensamiento condicionaba cualquier acción en busca de medios para verla de nuevo, o al menos para contemplarla. Los cambios de ánimo se sucedían contrarios a un deseo gravemente herido. Un enorme halago, un despertar a la vida era descubrir que alguien con tan fina sensibilidad se hubiera fijado en mí. Y un drama descubrir que aquello hubiera tenido tan efímera existencia. Pensaba que mis sentimientos, mis gestos, mis propuestas y otras cosas más que me son propias no valían ni la décima parte de los suyos. Pronto Laura iba a darse cuenta del error, de que no era tan ideal como, inconcebiblemente, decía haberme visto. Los asuntos volverían así al lugar donde estuvieron, aunque ya no habían de recuperar la ociosidad en que habían vivido. Recordaba las palabras pronunciadas en mi oído, sus respuestas breves y secas, con un "sí" certero y anheloso. El mundo era otro. Y no es que haya una vida distinta, no. Existe lo que los ojos y el entendimiento nos dejan ver.

Nada de mi vida sin Laura se pareció a lo que había sido, también sin Laura, antes de conocerla. Y me parecía imposible que volviera a serlo algún día sin tener a Laura a mi lado. Ya no podía, porque un mundo extraño y ajeno nos separaba, vivir con ella, y tampoco sin ella. La acariciaba con el pensamiento cada vez que una oportunidad lo permitía, a veces buscaba la oportunidad para imaginarme que caminaba a su lado. Cualquier episodio o reflexión, cualquier lance se orientaba incontrolablemente hacia ella, agónicamente hacia a

Laura. Una obsesión desbordante, ilimitada, se instalaba sin permiso en mí, sin que yo lo autorizara. Y temía que fuera a ser capaz de conducirme a la locura. Los días no ayudaban, y lentamente destruían mi vencida y esclavizada voluntad. La capacidad de pensar, de sentir, de vivir, de actuar, de soñar... todo se había convertido en razonamiento insistente, agónico, feroz… Y las palabras secretas se amontonaban, unas tras otra, en los momentos más insospechados del día… y de la noche. Y cada vez más se refugiaban en ese deseo de estar solo para pensar sin que nadie alterara mis intimísimas voluntades. Y eran aquellas tan fuertes e inequívocas que, conducidas sin mí, ignoraba por donde habían de llevarme. Tan débil era mi voluntad por frenarlas que no podía defenderme, y mientras tanto mi cuerpo y mi alma vagaban sin dueño, guiados sin rumbo, empujados, indistintamente, por cualquier vaivén de los instintos. Y me hubiera gustado tanto saber lo que Laura pensaba, lo que sentía... El mundo me parecía un mar de desconciertos… Todo quedó reducido a saber de ella sin ser capaz de nada, solo de ella…

Pasaron otras de noches de san Juan, y se añadieron más. En las primeras, unas palabras, breves y dulces que se fueron apagando año tras año, huidizas y perezosas, como el rescoldo de una hoguera.

En el ocaso de una tarde, distanciado en lustros de aquella carta, miré al cielo, rojizo y tenebroso. En el horizonte, una infinita extensión de esperanza… Y me acordé, una vez más, de Laura. Habían cambiado los tiempos. Puse su nombre en el ordenador y apareció una dirección de correo. «Si eres la Laura que yo conozco, confírmalo, por favor, y te escribiré.

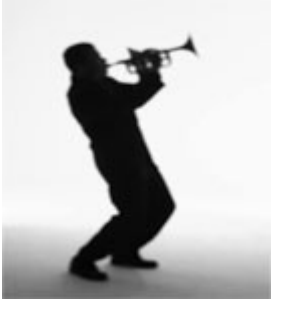
Andrés.» La tarde siguiente recibí una larga carta en la que Laura me daba noticias resumidas de sus últimos veintisiete años. Luego cruzamos algunas más y, decidida y segura, unos días después confirmó que en el primer fin de semana de tres días vendría a verme. Y sucedió dos meses más tarde.

El avión llegaba a la terminal a las cuatro y veinte de un jueves. Allí estuve, puntual, con la mirada estable en el desfile de viajeros. No podía errar. En cuanto viera que asomaba la cabeza iba a seguirla con la mirada hasta fundirnos en un penetrante y duradero abrazo que había de resucitar sentimientos muertos, vivencias congeladas, recuerdos oscurecidos, sentimientos tan envueltos en tristezas como gozos…

Las cuatro y media… Las cinco menos cuarto… Las cinco menos cinco… La mujer solitaria y bella no salía… Cuarenta minutos de continuo reconocer a tantas cuantas señoras sin acompañar llegaban de Nueva York, examinando semblantes, fisonomías femeninas procedentes de de Caracas, de Roma, de París, de Atenas, de Moscú… Y Laura no salía. Estaba seguro, lo había controlado todo, ninguna de las que había cruzado aquel umbral podía ser Laura. Nada debía alterar mi atención hasta descubrir aquel rostro inconfundible. Cincuenta minutos de vigilancia. Las cinco y cinco. Una señora viejecita se acercó a mí para preguntarme lo que yo consideré una trivial duda… Y no quise mirarla para no distraer mi atención porque Laura, estaba seguro, tenía que estar a punto aparecer por aquella puerta que se abría y cerraba de manera automática, impredecible, y que tanto confundía mi esperanzado anhelo. La anciana, que advirtió mi deseo por rechazarla,

me tocó el hombro con insistencia para reclamar mi atención con exigente y certera energía:

— ¡Andrés…! ¡Andrés…! ¡Mírame…! ¡Soy Laura…!



# DOS INGLESAS

Jacobo Calpena se había entretenido en anotar en su agenda el color de las braguitas que día tras día vestía la profesora sustituta de inglés. Pero no había sido convocado por eso al despacho del director, no, sino porque Alicia Fardes se consumía por minutos en un ataque de nervios del que responsabilizaba a Jacobo, su compañero de clase, aunque él, según decía, no tenía nada que ver con los temblores de Alicia.

El centro de enseñanza, egregio y conspicuo, se nutre con hijos de familias que pretenden huir de la vulgaridad en busca de la distinción, de esas que creen que para dar una buena educación a sus hijos es necesario atacar con crudeza el presupuesto familiar. Jacobo Calpena y Alicia Fardes no han tenido posibilidad de elegir porque pertenecen a esa clase de familias, y también a la clase que esta mañana se ha visto alterada cuando ella, Alicia, ha caído desmayada en mitad del pasillo.

La institución se enorgullece de poner al servicio de los alumnos un protector del eterno futuro del alma, el padre

don Servando, y también un protector del cuerpo, la doctora Paloma Herrero, y un protector de lo que queda, la parte efímera del alma, el psicólogo Tomás. Y fue la doctora la primera avisada para socorrer el ataque de nervios de Alicia, pero no estaba en su puesto. Habían pasado unos minutos de las diez de la mañana. Sabe el director que a Alicia no tiene que hacerle ningún reproche porque han convenido que llegue a las doce y se marche a la una.

Pues sí, me ha contado Tomás en el zaguán de su casa, porque al mismo tiempo se lo cuenta a sí mismo otra vez, que Jacobo Calpena, veterano en matrículas para el negocio, se complace en haber añadido a su lengua materna copioso vocabulario y estilo de la jerga inglesa. El chico hizo el aprendizaje en Dublín, ciudad abierta, cuna y hogar de los desalmados Leopold Bloom y Stephen Dedalus, y de la intrigante Molly Bloom (Tomás es muy pesado con la literatura). Dice que está de moda llevar allí a los hijos de los nuevos ricos, a colmarse de civilización, a ejercitar la lengua del ascenso, y que de allí vienen despiadados e ingenuos, pues se creen vencedores del alto listón del idioma del imperio comercial. Le he recordado que antes se soñaba con París, ciudad galante y rica en francesas atrevidas. Los mozos y las mozas volvían de Francia trasformados en señoritos y señoritas que pedían las cosas *por favor* y daban las gracias por cualquier idiotez.

— Ojalá fuera así —me ha dicho—. Regresan ahora de Dublín huidizos y cerriles. No le hacen caso ni al *please* ni al *sorry* porque son tantos cuando van, y van tan juntos, que

acaban por conformarse con las cuatro groserías que ellos consideran de interés.

Y ha seguido, en tono más distendido, para contarme que en la edad del pavoneo, del *qué pasa contigo tía*, están especialmente interesados en aprender esas cuatro picardías que dan nombres jugosos a órganos y actos que los humanos suelen tapar con vestimenta y hacer en secreto, y los animales llevan a cabo al aire libre y sin recato alguno. Y parece ser que tal vocabulario es dominado por Calpena, hijo de padres acaudalados que lo mandan a Irlanda con la esperanza de completar su formación, a la vez que descansan un poco del muchacho… que ya está bien… Le gusta al mozo usar ese vocabulario cuando puede, pero la ocasión no se cruza las veces que desearía. Hace unos días, sin embargo, llegó el momento de demostrar su peculiar cultura cuando una nueva profesora, nativa inglesa según la usanza del centro, se presentó a sustituir a la titular, de urgente viaje a su país, tal vez Escocia o Gales, incluso Irlanda, porque Tomás solo ha sabido decirme que a todas las que vienen de las islas Británicas las llaman inglesas. La garbosa suplente (no muy lejos de esa edad que acaba con la adolescencia) alarmada ante la algarabía de la clase de Jacobo, pidió una redacción libre en inglés. Y como la vanidad humana tiene a bien hacer pública su sabiduría en cuanto se presenta la ocasión, el chaval (chico al entender de Tomás no más incauto que los otros) escribió el texto en jerga inglesa e ilustraciones. Redactó sin freno y sin reservas todo lo que de vulgar había aprendido con sus compañeros ibéricos en las plácidas tardes de los MacDonalds de Dublín, y añadió en caracteres jeroglíficos el mismo texto,

dando forma esquemática a su narrar, y en minúsculas viñetas dibujó la sucesión de momentos en el acercamiento del macho a la hembra, del hombre a la mujer, del alumno a la profesora nativa, a la inglesa sustituta, hasta conseguir ese gesto de la voluptuosidad tan frecuente entre animales en cualquier prado o momento como inhabitual en los humanos en horas y lugares no aconsejados por la prudencia. La cultura de Dublín y del MacDonald exige ahora (y eso es lo que ha indignado a Tomás) que la ordinariez llegue a la profesora, por si la joven es *progre y liberal* y colabora con la agudeza.

Y eso ha hecho Jacobo Calpena entregar la redacción con las otras de la clase, sin recato y con orgullo, con esa fatuidad que otorga haber estudiado inglés en Dublín. Cuando la inglesa sustituta ha visto su cuerpo violado por el deseo, en trazos desnudos, ha montado en cólera y se ha presentado indignada en el despacho de Tomás, el psicólogo, en busca de un castigo ejemplar. Y se ha armado un buen revuelo entre los responsables de su educación, enzarzados todos ellos en las confusas fronteras de la moral. Y ha caído en él la responsabilidad de tomar la medida que proteja a la vez la reputación del centro y el futuro del violador fingido. Dice Tomás que el avaro director solo quiere saber de ingresos, que los padres justifican las veleidades, y que el aguerrido alumno ha mostrado en su defensa, y aquí está lo complejo del caso, una agenda en la que ha anotado las formas, colores y usos que da la inglesa a sus insumisas y variadas braguitas.

Tomás, que ve en peligro su puesto si no toma una decisión acertada, ha tenido la ocasión de informar del caso esta misma mañana a la profesora titular, de regreso de su viaje, a

la espera también de un consejo. La lozana viajera, mujer recatada en formas y vestimenta, le ha contestado sin titubear: *No me extraña, eso mismo me hace siempre a mí, pero no me molesta, incluso me parece interesante...*

- Deja que me aclare Tomás —le he preguntado—. ¿Quieres decir que la inglesa sustituta vestía ropas tan cortas y hacía movimientos tan libres que tomaban nota los chicos de sus intimidades?

- Nunca he visto a esa profesora con faldas cortas ni alardes.

- ¿Y cómo crees que tenía ese Jacobo datos tan fieles? ¿Quieres decir que ella aceptaba los requiebros y deseos de Calpena, pero no que éstos fueran groseramente dibujados...?

- Ahí está precisamente el aprieto, sí, lo has entendido. La inglesa sustituta ha creído ver en la redacción un desafío, la jactancia de un éxito, una violación de sus secretos, mientras que Calpena solo escribía lo habitual, lo que estaba acostumbrado a redactar con la otra inglesa, con la titular. Lo difícil ahora, lo imposible tendría que decir, es dar explicaciones a todos sin envolver la moral del centro como quiere el Director que haga. Si no encuentra una solución antes de mañana a las nueve tendrá que cambiar de colegio.

Y no era ajeno Calpena, no, como decía, al ataque de nervios de Alicia Fardes. La compañera se consumía en su horror, sí, al conocer que mucho más que por las suyas, el interés de Jacobo se hubiera dirigido hacia las prendas íntimas de la profesora. Si era cierto, sin embargo, que a Alicia le encantaba dar a conocer, siempre que fuera previa deman-

da, y tras cierta insistencia, el color de su lencería. El ataque de nervios la había cogido por sorpresa porque era «indignante», según llegó a confesar, que Jacobo, que tanto amor le había declarado a ella, se mostrara repentinamente más interesado por las íntimas prenditas de la profesora sustituta de inglés que por las propias.

# EL AMIGO DE ISABEL

Una tarde de noviembre, cuando me traía a nuestra hija, mi ex-mujer improvisó una larga charla. Hablaba primero de las trivialidades de todos los días y avanzó, sin recato, hacia las quejas sobre el absurdo vacío de la separación matrimonial. Pasamos, prescindiendo de los enfrentamientos del pasado, una tarde dulce y melancólica, y luego una velada tibia y recelosa que se prolongó tanto que Luisa quiso quedarse a dormir en mi estudio. Me lo pidió con palabras tan tiernas y conmovedoras que no tuve argumentos ni voluntad para negarme.

Son escasos y sobrios los espacios que vigilaban mi soledad en los últimos meses, pero mi ex-mujer sabe esquivar esos problemas con elegancia.

Al día siguiente convinimos acordar, por qué no, otras citas. Y antes de que nos diéramos cuenta habíamos convertido en periódicos los esporádicos encuentros. Yo iba a verla los martes, ella me traía a Elisita los viernes y se quedaba a

dormir. Era como reinstalar el matrimonio en pequeñas dosis, vivir juntos, sí, pero en la distancia.

Sin advertirlo, con la naturalidad de quien improvisa, fuimos capaces de esquivar los asuntos que nos habían precipitado a la ruptura. La nueva situación tenía el encanto de un inusitado delirio. Ignorábamos casi todo de nuestras vidas diarias, pero coincidíamos con complacencia en mantener vivas las citas semanales hasta el extremo de confiar, sin excesivo recelo, en las posibilidades de una nueva vida juntos. Y un día Luisa, aunque no se lo había pedido, me prometió una fidelidad incondicional.

El diez de enero se casaba un amigo de antes y después de la ruptura. Sabía que Luisa quería asistir a la ceremonia. Sospechaba también que le iba a parecer sensato que nos vieran juntos después del enfrentamiento que nos alejó. Y por eso, y por mi falta de voluntad para tomar decisiones que ella pudiera entender como contrarias, acordamos hacer el viaje en mi coche y confiar los cuidados de Elisita a su abuela, que con tanta dignidad y agrado suele aceptarlos.

Durante los más de quinientos kilómetros que separan Madrid de Málaga tuvimos la oportunidad de mantenernos forzosamente en el contacto que exige la cortesía. Luisa describió la vena profunda de una llama amor que le impedía, desde hacía meses, prescindir de mí. Parecía guiarla un impulso probablemente sincero y no pude evitar corresponder a sus requiebros. Si yo me decidía a dar el paso, quiso decirme, ahora sí que iba a durar todo para siempre.

Tiene Luisa un estilo envidiable. Viste con gusto, saluda con envidiable cortesía, sabe dejarse observar, facilitar que se hable de ella y deslumbrar con su silueta, el tono de sus frases, alguna que otra ingeniosidad y una sabia y delicada distribución de los atuendos que cubren sus atractivos. La belleza de Luisa, la simpática belleza de Luisa es capaz de estimular cualquier admiración, y luego desatarla. Aquella exaltación de sus bondades y los propósitos musitados durante el viaje me hicieron feliz. Tuvimos una velada dicharachera, moderadamente festiva, regada con vinos, aderezada con música, interrumpida con bailes y salpicada de palabras complacientes y viejos amigos, y tan agradable que la hubiera prolongado con placer de haber sido capaz de sobrellevar el cansancio. Luisa, sin embargo, tantos años más joven que yo, manifestó su intención de seguir allí hasta que el festín se consumiera por sus propios fueros. Y me pareció natural y, puedo asegurarlo, le comuniqué, pegando mi boca al sudor de su oído, mi deseo de que se divirtiera. No debía ser un obstáculo la precipitada selección del hotel, tan lejos de allí, porque más cerca nuestra amiga Isabel, aunque acogía a algunos invitados, podía hacer un hueco para que durmiera aquella noche, o más bien aquel alocado amanecer.

Al día siguiente Luisa no apareció por el hotel, ni dejó aviso alguno, ni di con ella en un teléfono al que nadie respondía. A las siete y media de la tarde llamó para pedirme que fuera en coche a recogerla, sin más explicaciones, como si no hubiera existido un injustificado y ofensivo vacío. Me pareció tan descalabrado, tan sin razón, que no supe qué hacer. Dominado por la duda y obligado a reaccionar fui a recogerla.

Nunca he creído que nadie deba dar explicaciones de sus actos, ni siquiera mi ex-mujer, pero una elemental cortesía la obligaba a excusarse. Reconozco que Luisa tiene más que un don de palabra una extraordinaria capacidad de convicción y, aunque me sentí contrariado, consiguió mitigar la indiferencia y provocar algunos diálogos breves, incluso hacerme olvidar un poco lo sucedido, como acostumbraba a hacer años atrás:

— ¿Así que se quedó también Aurelia?

— Y Paloma, y su marido, y los Benítez, incluso los hijos mayores...

— ¿Y tú con quién estabas?

— Con todos, con Isabel, con su marido, con los demás...

Me hablaba con seguridad y quedé tan convencido que se olvidó del incidente. En la madrugada del lunes, con la noche cerrada, con las calles húmedas y frías, salimos hacia Madrid. Amaneció un día gris. Apenas si éramos capaces de esbozar algunas palabras. Ella, extrañamente silenciosa, me hacía pensar cada vez más en esos desafortunados episodios que tiempo atrás nos habían distanciado. Oíamos suavemente la radio. Mi imaginación, presionada por malévolos impulsos, aconsejada por la experiencia de cuatro años a su lado, acarició la estúpida idea, ¡qué tontería!, de que Luisa hubiera podido engañarme de nuevo. La desmedida zozobra que en Despeñaperros fue una tímida sospecha se convirtió en Ocaña, avivada por la imaginación, en un fundado razonamiento, y cerca ya de Madrid, cuando el silencio del viaje había hecho encajar las pautas de la extraña conducta de Luisa, llegué a tal convencimiento que no pude evitar preguntarlo abierta-

mente, pedir que me aclarara con quién había pasado la noche. Me contestó que no, que aquello era fruto de mi invención, que cómo podía sospechar de ella, que no había estado con nadie, ¡con quién iba a estar!, con todos, con Isabel y con su marido, claro que sí. Y tuve que deducir, aún sin la evidencia pero con la costumbre de tantos años a su lado, que seguía mintiendo.

Ya en Madrid, en mi estudio, y apenas instalados, le dije que iba a llamar a Málaga, a preguntar prudentemente lo que había pasado, que la amistad con Isabel, tan sólida, le impediría mentir cuando le explicara que Luisa ya estaba arrepentida. Descolgué el auricular. Había comenzado a marcar cuando ella, envuelta en lágrimas, protegió su rostro en mi pecho, confesó que el amigo de Isabel la había embaucado irremisiblemente la misma tarde de la ceremonia, la misma noche de la celebración.

Sobre la mesa había unas pilas descargadas que Elisita había debido sacar del vientre de una muñeca. Luisa se confundía en su dolor, y yo no pude evitar una lágrima estúpida de desencanto. Sé que no puedo fiarme de ella ni de nadie, pero un impulso irracional me invita a persistir, a creerme que no tengo razón.

# EL GRIEGO MIQUEAS

Ha sonado el teléfono y me han hablado en inglés. He reconocido una voz aislada en mi memoria. No he tenido que indagar en el recuerdo para complacerme en aquellos días de julio, tantos años atrás. Acababa de cumplir los veinte y nadie esperaba de mí un futuro brillante. Los cursos universitarios, más deplorables que los otros, pasaban sin gloria. Los resultados, mediocres a veces y malos casi siempre, sacudían la paciencia de mis padres. Y por hacer algo que rompiera la pereza de mis días me mandaron a estudiar inglés. Por entonces los gustos y usanzas exigían rellenar el ocio de los indecisos con clases de idioma que muchas veces no volvían a servir para nada.

Mi vida había sido hasta entonces de una exagerada monotonía, y ya vivía resignada a que siguiera siendo así. Que me alejaran de mi ambiente provinciano tenía la misma importancia que ir todos los días a clase y humillarme resignada. El nuevo esfuerzo intelectual en la *Tuition House* del *En-*

*glish Center* de Levinston, en Londres, era muy simple, casi un juego, pero entre las apetencias de una vida y otra no había, o no apreciaba, grandes transformaciones.

A principios de julio, diez meses después de haberme instalado, cuando ya me expresaba sin excesivo rubor, dos alumnos nuevos se añadieron a mi clase: una española de sonrisa lánguida y ojos verdes, y un griego algo tímido que desde el primer día acaparó mi atención, tan distraída hasta entonces. Perdida en mi vida inapetente, o en lo que yo así consideraba, me complacía en observar a ese estudiante intrépido de quien fui conociendo que era profesor de francés en Atenas, que se sentía interesado por aprender inglés con urgencia y que, por alguna extraña razón, cada vez que intervenía en la clase yo me admiraba tanto, me quedaba tan embaucada que luego, en los descansos, en las salidas a comer, en los principios de clase, procuraba estar cerca de él solo por oír sus delicados y ocurrentes comentarios. Y tuvo la delicadeza de dirigirse a mí, de gastarme bromas ingenuas en un inglés tal vez tan defectuoso como seductor, y de hechizarme de tal manera que yo, en mi ingenuidad, me sentía bien al lado del «nuevo». El griego Miqueas se convirtió sin darme cuenta en el principal aliciente para levantarme todos los días, para esperar el autobús 253 y para presentarme allí, en la *Tuition House*, a que él llegara, algo retrasado casi siempre, y me ofreciera delicadamente la primera sonrisa, la primera mirada... Me pasaba las horas del día pensando en él, y las de la noche soñando con él, porque Miqueas me saludaba con deleite, bromeaba sobre mi vestimenta, tan ajustada a las modas, sobre mi atención en clase, tan esmerada,

sobre mi peinado... Y me dedicó palabras que nadie antes me había dicho en mi propia lengua, y ni siquiera sé si alguien me las ha dicho después.

Un día, al terminar las clases, me fui tras él como si no pudiera evitarlo. Me dijo no sé qué delicadeza, sin aparente importancia, pero llena de sentido. Alterada por las dudas miré hacia atrás, y me detuve a esperar a los otros compañeros que caminaban más despacio, entretenidos en la conversación. Y luego lamenté haberlo dejado. Otro día descubrí que me iba acercando cada vez más a Paola, la compañera de residencia de Miqueas. Y me vi integrada en el grupo que se citaba en *Tifanis* al final de la jornada. Así, juntos, comíamos a las doce, tomábamos té a la salida de clase, por las tardes, y paseábamos después. Y dejaba pasar las horas al lado de Miqueas hablando de temas insospechados, elementales, puntillosos, simples, atrevidos... El inglés empobrecido se convertía en el instrumento más útil para bromear, para borrar la timidez, para abordar lo más insustancial, lo que la prudencia nos obligaría a reprimir en nuestras propias lenguas. Hubiera deseado que el griego me invitara a mí, solo a mí, que me dijera vente conmigo a pasear, a bailar... pero Miqueas era comedido y prudente. Y cada vez deseaba más huir del grupo y estar a solas con él, que me hablara solo a mí, acapararlo en exclusiva.

Como fui incapaz de controlar la cautela, rogué a Paola que me hiciera un hueco en su propia habitación, un piso más abajo de la de Miqueas. Aquella iniciativa, tan lejos de mis insustanciales hábitos, me produjo un incontrolado placer y un pavor ardiente al mismo tiempo. Durante dos días

estuve concentrada en su persona, sin poderlo remediar. Visitamos Hapton Court, y él compartía mi audífono; Tate Galery, y él me explicaba a Turner; y la Catedral de San Paul allí Mikeas no me abandonó ni un instante y me miraba, de vez en cuando, a mis ojos... y me dijo que eran grandes como el océano y expresivos como el amanecer… Sus conversaciones me postraban en la serenidad. Nadie antes me había preguntado con tanto interés por mi ciudad recóndita, por mis apetencias, por detalles de mi infancia que yo siempre considerado sin importancia y con él recuperaban el sentido, por mis opiniones sobre cine, sobre música, sobre la amistad…

El griego Miqueas me explicó lo de la lucha de clases, eso de conservadores y liberales, derechas e izquierdas, ricos y pobres... Y pasaban las horas tan rápidas que cuando me separaba de él solo le encontraba sentido al verlo de nuevo.

Pasó en Londres 22 días. La víspera de su partida fuimos a cenar, todo el grupo, y luego a bailar. Miqueas estuvo, sin titubeos, a mi lado. Él iniciaba las conversaciones más intrépidas, y yo me reconfortaba con sus afilados y audaces temas. En la penumbra de la sala de la discoteca, mientras estábamos de pie, Miqueas, detrás de mí, colocó sus manos sobre mis hombros y, en aquel momento me temblaron las piernas… hasta los tobillos. Desde entonces asocio aquella repentina y única emoción con la ciudad de Londres. Sujeté, en movimiento reflejo, con mis manos las suyas para que nunca más las moviera de allí. Luego no sé qué pasó porque la razón abandonó sus legítimos fundamentos.

Miqueas se fue, como había previsto, el 23 de julio a las nueve de la mañana. La noche anterior no podía vivir sin él, ni siquiera respirar. Subí a su dormitorio. La puerta estaba entreabierta. Empujé y lo vi recostado en su cama. Debió dudar si debía o no invitarme. Estaba ya en pijama. Había preparado la maleta, llena de ropa a medio colocar. Entré sin esperar que me lo dijera y cerré la puerta con improvisada audacia. Me senté frente a él para regalarle mis últimas palabras emocionadas, densas, suaves, tristes... las que con más sentido había pronunciado hasta entonces. Y se las dije muy cerca del cuello, de los labios, como presagio de un adiós eterno. Y con voz entrecortada me contestó:

— Quédate aquí esta noche.

Después, mientras atravesaba en secreto el pasillo, rompí en un amargo llanto de emoción y desesperanza.

No he visto a Miqueas desde entonces. Todos los años, por Navidad, me envía una página y media de frases muy correctas que tal vez esconden una intención tan encantadora que nadie, salvo él y yo, podría descubrir.

Una vez, muchos años después, vino aquí, a mi propia ciudad, a verme. Llegó sin avisar, jugando con *el azar y la sorpresa* según me escribió después. Aún vivía yo en casa de mis padres. Y la sorpresa y el azar nos jugó una la mala pasada porque el día anterior yo había salido de viaje.

Hace media hora, a las seis y diez, he vuelto a oír, al teléfono, su inconfundible. Mañana viene a visitarme. Han pasado dieciséis años y sé que su serena palabra no ha cambiado. Aunque nunca lo confirmó en sus cartas, le envié una fotografía familiar, con mis dos hijos. Aunque se han borrado

muchas anécdotas, un recuerdo penetrante y melancólico me turba. Aunque ha pasado mucho tiempo, me siento tan sobrecogida no sé que preferiría no volver a verlo nunca más y envolverme, si él quiere, en un eterno abrazo.

# ELEFANT & TRUMPET

Paseaba por la rivera del Támesis. Puestos de frutas vendidas por unidades. Ann mordía con pertinaz afán una manzana. Seis de la tarde. *One apple a day keeps the doctor away* — se atrevió a pensar —. No quiero dejar de ver a mi médico. Volvió a llevarse la manzana a la boca. Verde, blanca, recién mordida, limpia, quebradiza, brillante. El cielo amenazaba lluvia. Satisfecha, comedida, subía por la orilla del río hacia St. James Park.

Recostada en su sillón, Martha ha mirado el reloj, ha dejado de leer y ha cerrado los ojos. Junto a ella, algunas revistas de moda, libros de viajes, una alfombra persa, un butacón de cuero negro, una revista que detalla el programa de televisión y una taza de café con poso al fondo. Se

pondrá los pantalones vaqueros y esa blusa roja, sin mangas, muy ancha. ¡Qué más da! No tendrá que andar mucho: el metro en Earl's Court, y luego un solo cambio, en Green Park. Si se baja en Warren Street son dos calles. Tiene tiempo para arreglarse. Dará un paseo antes de llegar. En la soledad de su apartamento, Martha se cubre, sin gran pudor, con una bata malva de seda, y nada más. Si llama alguien a la puerta, (¡Dios mío, cuánto tiempo sin que nadie llame a la puerta!) pregunta quién es para tomar precauciones. En el cuarto de baño, gran espejo mural en la pared, ventanal a la calle con visillos blancos, enorme armario, también blanco, lleno de toallas, lencería en un cajón, en el otro ropa delicada, que usa menos. En el cuarto de baño, con el cuerpo desnudo frente al espejo, se alisa la media melena lacia, libre, juguetona. En los ojos, algunos tonos negros. Los labios no se los quiere tocar con nada. Del cajón saca algo de ropa, una prenda negra, que se coloca antes de buscar en el armario del dormitorio los vaqueros. No ha ganado peso en las últimas semanas. ¿No estará exagerando con las dietas? La blusa roja y el bolso. ¡Ah…! Y las fotos. A Ann Polster le van a impresionar las fotos...

«El nombre no se lo dieron los nuevos dueños, ya lo tenía. No es que mi primo sea como un elefante y su socio una trompeta, no. Tiene gracia. Ya era conocido por ese nombre. Estas orquestillas de los pubs no siempre lo hacen bien. La de hoy parece buena. El de la batería estudia en una escuela de comercio. Lo he visto en casa de mis primos. Antes de que tuviera el Pub, mi primo y yo nos veíamos mucho. Ahora no

puedo ir a visitarlos porque no les queda tiempo libre. Cierran muy tarde. Me gustaría venir más veces. Hoy es mal día para nosotros... Para ellos es bueno. Dentro de un rato, esto se va a llenar. A ver lo que me cuenta Martha.»

🗋

El aire fresco del atardecer del verano londinense roza la suave piel de Martha, y sacude su camisa roja, ancha, sin mangas, cerrada hasta el cuello. Martha sabe caminar con aplomo, con la seguridad de la mujer que se siente por encima de quienes la miran… luego, en la intimidad se siente por debajo de tanta gente… «¡Qué vida tan imprevisible…! ¡Cómo se le ocurrió llamar a Ann, a Ann Polster! El tendero fue quien le dijo que ya había vuelto. ¡Tanto tiempo sin saber nada de ella!» Y recordó, por casualidad, la conversación, en el tedio de una tarde que se estaba haciendo eterna. Y buscó en la guía de teléfonos y le habló como si se hubieran estado viendo desde siempre. *¿Sabes quién soy*? Y Ann Polster respondió con voz seca: *No. Ahora mismo...* Y así la tuvo, bromeando. Luego le dio el nombre: Martha Oliver. ¡Oh Martha! ¡No es verdad! ¡No me lo puedo creer! Estaba claro, Ann Polster conservaba ese alocado optimismo de la juventud.

🗋

— ¡Oh! Martha, querida, qué guapa estás, qué bien te sientan los años. Mira, Martha, esta que ves ahí es la mujer de mi primo John, es el dueño de este pub. John y aquel gor-

dito, detrás del mostrador, lo compraron y mantuvieron el nombre. Siéntate, qué elegante… no has cambiado... ¿Qué tomas? Me he acordado varias veces de ti en estos años. Ya sabía que no te habías casado. ¡Qué exigente has sido! Ya lo eras en el colegio… No te conformabas con cualquier chico. Decías que ibas con ellos para divertirte, que lo demás no te interesaba. Te gustaban maduros, mayores, y tú a ellos… ¡qué tiempos…! ¿Te acuerdas Marta de aquel chico turco que conociste en París? ¿Cómo se llamaba? Estabas loca… Fue tu gran amor; habrías hecho cualquier cosa... ¿Qué te daba…? Y luego lo perdiste, se esfumó, y buscabas la dirección por todas partes, en la embajada turca, en la embajada egipcia, en la guía de teléfonos de Toronto. Martha, querida Martha, por la mente me pasan horas y horas juntas, charlas interminables... ¡Cuántos recuerdos…! ¿Por qué dejamos de vernos? Cuando yo terminé la universidad ya te habías ido de Winchester, lo recuerdo. Eras una buena alumna… Allí empezaste periodismo. Nos lo contabas en las vacaciones. ¿Cómo fue volver a Londres? ¿Y tus padres, vas frecuentemente a ver a tus padres? Ya sé que en Londres estás muy bien. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Yo terminé un año después, ya ves, siempre con dificultades. Mis padres no tenían la menor intención de que siguiera estudiando y me enviaron a Londres para hacer un curso acelerado de secretaria, por las tardes, a la espera de encontrar algún trabajo. Como yo no había tenido el reflejo de preparar mi futuro, me vine aquí, como una tonta, creyendo que sería para unos meses, y todavía no sé hasta cuando voy a durar. Desde entonces he vivido en esta monstruosa ciudad. Primero en Chelsey, en casa de unos pa-

rientes, un par de años. Luego, un poco por aquí y por allá, y por fin Wimbledon.



— La amistad que tuvimos, Ann, desapareció con la misma facilidad que se habían trenzado. Mientras tanto vivimos años intensos, felices, vivos. Aún veo tus trenzas juveniles, vestido blanco, cuadernos azules, movimientos intrépidos… y llegada a clase. Me esperabas en la puerta para decirme que el vestido te lo había hecho tu madre, por tu cumpleaños. Siempre tan modosita, tan sujeta a las normas, tan aferrada a los consejos de tu familia. Hasta que un día abriste los ojos y empezaste a hacer como las demás, a salir con chicos, con esa pinta de recién salida de un mundo mágico. Íbamos juntas a los bailes y los chicos se fijaban en ti, que eras la rubia. Por eso no te importaba iniciar las conversaciones, irradiar encanto. Y para protegerme buscabas la manera de que un chico, al que tú atraías, pasara después a mí convencido con algunas lindezas. ¡Qué años…! Seguro que no te importa recordad que salías con tres chicos a la vez, que también llegaron a ser mis amigos, pero yo tenía que proteger el secreto. Y contaban, creyéndose confidentes únicos, cómo se acercaban a ti… y entraban en detalles conmigo… y me hablaban de lugares del cuerpo a los que yo por primera vez daba nombre… y el incontrolable deseo, el terrible vacío de ser indeseada mientras te imaginaba tan feliz con ellos en la intimidad... ¡Qué arte para atraerlos! De unas vacaciones en Dublín trajiste una tierna amistad con un joven soñador que

te mandaba versos, Arthur, ¿Era Arthur? y te pasabas el día pensando en él. Por las tardes venía a buscarte Steve Conrard, a la salida del colegio, y nos íbamos con él las dos. Y los sábados unas veces Steve, melenudo, desalmado, otras veces Gary, Gary Stalt, tan formal, tan serio. Y tú no le decías que no a ninguno. A la vuelta, en la soledad, encontrabas todavía un poco de amor para enviarlo en una carta al irlandés. A la mañana siguiente me la pasabas en clase de inglés para que te corrigiera las faltas. ¡Qué latazo aquellas clases de Inglés si no me hubiera divertido leyendo tus cartas a Arthur!



— Sí me acuerdo, Martha, claro que me acuerdo de Mrs. Egels… en especial porque yo superaba, en los dictados, el máximo admisible de faltas, y en las clasificaciones, para vergüenza mía, ocupaba en último lugar... Aprendí, sin querer, a despreciar datos tan inútiles. A mí por entonces me gustaban todos los chicos, no les veía defectos. En cuanto me decían dos palabras agradables, me iba con ellos. Y eso me pasó con muchos. Lo que no sabes, Martha, es que me casé con el que tú llamabas el irlandés, con Arthur. A poco de llegar a Londres vino a visitarme, sí. Le había escrito una carta y en cuanto la recibió, tomó un tren y desde la estación se plantó, inmediatamente, en la puerta de la dirección que había en el dorso del sobre. Allí esperó hasta verme pasar. Tuvo mala suerte porque no salí ni entré a casa en dieciséis horas. Cuando lo vi, con aquellas barbas densas, tan cansando de tanto esperar, con el macuto al hombro, no lo reconocía, lo

hubiera confundido con cualquiera. La voz, sin embargo, era la misma. Había venido por mí, para verme, solo por verme, y si yo también quería verlo se quedaría en Londres. Como no sé decir que no, como me enternecieron sus palabras, lo acepté todo. No era mal chico. Lo acogí, primero, como a un buen amigo. Y lo era. Se instaló en una pensión cerca de donde yo vivía y a los pocos días encontró trabajo, en un almacén de libros, durante las noches. Salíamos por las tardes, paseábamos por Hyde Park, por los grandes almacenes. Éramos una pareja dichosa mientras la insolidaridad de la ciudad nos acercaba aún más el uno al otro. Una mañana a las ocho sonó el timbre. Estaba sola en casa, todavía en la cama. Abrí la puerta esperando al cartero, o al lechero, o a la portera, tal vez, pero era Arthur que venía a verme, a esas horas, sin avisar. ¡Imagínate! La visita abrió un nuevo sendero y a los pocos meses nos casamos precipitadamente en la Catedral de Winchester, en una emotiva ceremonia a la que asistieron las dos familias casi al completo.

— Me moría de envidia cuando supe que te habías casado, Ann, porque en artes de seducir siempre has ido por delante. Pero no sospechaba que había sido con Arthur. Adoraba tus métodos, tu fácil charla, tu duce atractivo. Me hubiera gustado imitarte, tener tus recursos, tan finos, tan esmerados. Por eso, secretamente, me gustaban los mismos chicos que te rondaban. Yo he soñado muchas veces con Arthur. ¿Recuerdas las vacaciones que tuvimos en Dublín? Salíamos los tres, a comer, a las discotecas... Y Arthur bailaba con las dos,

tan cortés, y a veces nos cogía de la mano, a ambas…. Yo también le contaba mis cosas, y estoy segura de que algo sintió por mí. A ti no te importaba, ni siquiera te dabas cuenta. Una noche que habías ido no sé dónde, que Arthur y yo nos quedamos solos, le conté secretos tan íntimos, y a veces tan escabrosos, que dejaban bien sentado que hubiera estado dispuesta a cometer cualquier locura por él, sin decirlo claramente. Y le expliqué los secretos del placer femenino, vamos, del mío… con tantos detalles… que si la humedad… que si los roces, que si los movimientos… Y Arth
ro, me cogió la cara con las dos manos, me besó
y me prometió un amor eterno, pero nada má
prefería a ti. Yo sé que a mí también me quería
ti.

— Y tú, Martha, en capacidad para instalar
pendencia y después para abrirte un camino,
terés, en capacidad para dominarte, para ser
siempre has estado por encima de mí… ¡Fíjate donde estoy ahora! Escribiendo cartas todo el día y atendiendo el teléfono para evitar que un hombre que hay detrás de una puerta tenga demasiadas visitas, para organizarle su vida, y así diez horas diarias si cuento los trayectos en tren, y cinco días a la semana… y cuarenta y ocho semanas al año. Y van nueve años de triste e irremediable monotonía. Y, tú lo sabes Martha, sé lo que es vivir porque he vivido, porque hemos vivido. Tú me dirás que muchas personas están así, y que pe-

or están los mineros que llevan ya casi un año en huelga, pero eso no me consuela, al contrario, me rebela, inútilmente, como a ellos. Por eso admiro la capacidad que has tenido para hacer de tu vida lo que has querido, sí Martha, prácticamente lo que has querido. Te vi primero trabajando en aquellos almacenes que acababan de inaugurar en Winchester, de camarera, sirviendo las mesas, limpiando el mostrador, fregando los vasos, mientras ahorrabas para pasarte un año en Francia. Y lo conseguiste con tus sutiles artes. Luego aquel banco, como me contaste el otro día, un año de trabajo, dos de vida contemplativa, por toda Europa, y por último, antes de llegar al límite, el gran salto... ¡Cómo pudiste estudiar tanto en tan poco tiempo! ¡Quién podía contar con una camarera, empleada de un banco que, en cuanto se lo propone, llega a esas alturas! ¡Lo tuyo es admirable!

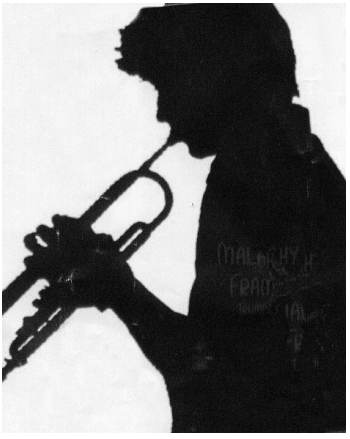
— Parece admirable, no lo niego, aunque con ciertos límites. Creo, Ann, que he hecho casi siempre lo que me ha venido en gana. También con un poco de fortuna. Sin la ayuda de la suerte no se puede vagar por la vida. Y yo reconozco haber tenido suerte. Eso es lo que me hace mantenerme sólida, erguida ante el azote de la soledad. Ya sabes que yo hablaba antes que tú de bodas, mucho antes que tú soñaba con un hogar, y como no llegaba el hombre soñado, porque durante mucho tiempo siempre fue el mismo, me hice cada vez más exigente. La aparición, y casi inmediata desaparición, de aquel estudiante turco, de madre canadiense que ahora se

desplazaba a Egipto, me dejó consternada. Como no tuve tiempo de conocerlo guardé todo lo que de idílico había vivido con él. Me gustaría volver a verlo aunque solo fuera para convencerme de que lo desprecio, aunque no sea así. Luego vino el eterno estudiante turco. El recuerdo de aquel amor frustrado me condujo a gustarme todo lo que fuera árabe. ¿Conoces mi colección de camellos? Un día que estaba estudiando en un café, traduciendo un periódico, se acercó para ayudarme a interpretar el alfabeto de imprenta. Viví con él cuatro años en los dormitorios de la universidad, en los campings, en los hoteles, en las plazas de las ciudades. Me acostumbré a él como a mi propia casa, a mis vestidos, y él a mí, pero me juré no casarme con él nunca. No sé exactamente por qué, pero lo prometí, había algo que no soportaba, lo prometí porque, sin saberlo, estaba empezando a rechazarlo. Me quería demasiado. Huí de él y me refugié en Estados Unidos. Preparé el equipaje, todos los ahorrillos que tenía y algunos que le pude sacar a mi padre y me planté en Filadelfia. Quería vivir un año allí.

— Sabes Martha que yo nunca he salido de estos rincones. He viajado un poco al norte, casi nada, y alguna vez a París, y se acabó. No he conocido más hombre que mi marido, no hablo más lengua que la nuestra, y no he tenido más amigos que los británicos. Ya sé que Arthur y tú os entendíais muy bien, y yo con vosotros. Una vez bailabais delante de mí, con tanta clase, y por un instante pensé que los dos podríais... Arthur cambió sus ímpetus juveniles, terminó la carrera como pudo, con más dificultades que éxitos, y desde entonces

nuestra vida ha sido tan monótona como insulsa. Y no es que yo tenga nada que reprocharle, no, porque no puedo decir que no nos haya tratado bien, a Paul y a mí, y nos sigue tratando. Podría decirte que no sé por qué, y sin saber por qué, un día Paul y yo nos fuimos de casa. Allí dejamos todo, el jardín, los flamantes muebles de la cocina, los coches, y me propuse empezar de nuevo, desde el principio. Lo más difícil fue mentalizarme, hacerme a la idea de que otra vez dependía de mí misma. Como no era capaz, estuve a punto de hundirme. El médico, otro médico, me recomendó un hospital de reposo y la víspera de mi partida llamaste tú. He aquí lo que quería decirte.

— Ahora lo entiendo mejor. ¿Cuánto tiempo hemos pasado sin vernos? Y parece como si nunca nos hubiéramos separado. Lo has sabido organizar con esas regulares llamadas de teléfono, con esa franqueza de tu voz. Sabes, Ann, yo estuve a punto de perderme, de salirme totalmente de esta moral exigible. Primero fue la frustración de aquel estudiante turco, sí, luego la del griego, pero después, llegó lo terrible. Fracasados aquellos intentos, cuando otra vez me sentí sola, me refugié en los amigos más cercanos, en los que parecen incondicionales. Tenía por entonces un dormitorio en el

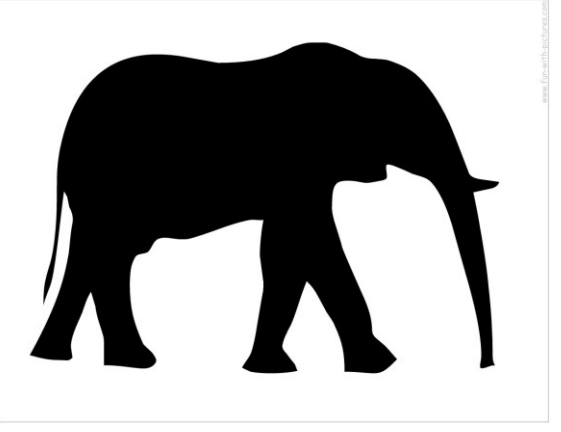


campus de la universidad, una habitación, ya sabes, de esas instaladas en un largo pasillo, con un lavabo y un armarito para guardar un pequeño hornillo de gas; y una noche, un poco antes de irme a la cama, llamaron a la puerta. Era un chico que yo conocía, de mi clase. Quería pasar y charlar conmigo un rato. Y me lo pidió con palabras tan delicadas que no pude negarme. Yo estaba a medio vestir, o medio desnuda, no sé. Una vez dentro me propuso y defendió, como si me pidiera una silla para sentarse, la conveniencia de quedarse a dormir conmigo aquella noche, y que estaba dispuesto, como parecía natural, a pagarme una prudente suma de libras. Antes de que me lo dijera yo había soñado con quedarme con él, sin más, pero la oferta me llenaba de… de estupor… Y yo que me habría quedado con él sin más, pero la oferta, ya sabes cómo he sido siempre con el dinero, duplicaba mi deseo. Y la acepté sin escrúpulos. ¡Mueve tantas cosas el dinero y yo lo necesitaba tanto! Los hechos volvieron a repetirse, Ann, no solo con él, sino con muchos más… Llegué a tener un pequeño negocio de amor sin que nadie lo supiera. Y me gustaba. Cuando quise darme cuenta ya no tenía remedio, y en la desesperación, me repetía en silencio 'soy una tal', 'soy una tal'. Y asumí lo de la tal… Otros tontos, otros desgraciados, otros melancólicos… Me tranquilizó saber que no me importaba. Al contrario, me complacía en las astucias de acercamiento de unos, y el los modestos gustos de otros… Te puedes creer Ana, que me gustaban casi todos… Me encantaba aquel rito de acercamiento… Por aquellos días emprendí el viaje a Filadelfia. Llevaba un dinerillo ahorrado, más del que me hubiera imaginado en aquella

clandestina labor que bien hubiera podido pasar por simples flirteos, y también un pequeño trabajo de lectora en un colegio y una dirección que me había dado una amiga. Era un piso de estudiantes, por lo menos ocho, que variaban constantemente. Iban unos, y venían otros. Me abrió la puerta John, un robusto jugador de rugby. No me lo vas a creer, Ann, aquella noche dormí y en su cama. Y esta vez sin recompensa.

— Quién nos lo iba a decir a nosotras cuando entrábamos en fila a la clase de inglés de Mrs. Egels y me enseñabas tu colección de fotos de coches de carrera. Tú, Martha, la menor de cuatro hermanos, con esa vida familiar tan intensa, tan ordenada. Yo no habría pensado eso de ti. Te veía, eso sí, en las altas esferas, entre financieros, directora de algo, lo que eres, y fiel esposa de tu hogar. No sabemos dónde vamos. Mira ahí al bueno de mi marido, tan fiel, tan adulador, tan insoportable. Y Ahora, Martha, ¿Cómo vives ahora? ¿Puedes vivir realmente sola? Yo estoy segura de que eres capaz de todo, de resolver cualquier asunto. Cuando llamé a tu despacho supe que allí eras alguien importante. Aquí también, claro que sí, aquí también eres importante, no digo que no. Pero en tu despacho muchas personas dependen de ti, y otros hacen importantes negocios gracias a ti, y, en el fondo, ocultas una vida tan descalabrada como la de los demás. Desde que dejé a Arthur me he preguntado si podré vivir con alguien. Todavía no lo sé. Hace unos días fui a bailar, con unos vecinos. Se me pierde en la memoria la última vez que estuve en un baile así. Como una tonta, invité a uno de los chicos y lo atraje hacia mí con un ímpetu incontrolable. El

enrojeció. Luego me llevó a casa, en su coche. Te lo diré claramente, Martha, no pierdo ninguna de las posibilidades que se me ponen a mi alcance, y me siento feliz de ello. ¿Sabes lo que es sentirse querida? ¿Sentir que tu cuerpo le sirve a alguien que al mismo tiempo pierde el sentido por ti? Casi todos me agradan... si supieras las escasas diferencias que encuentro entre ellos…Me sirven porque cuando se acercan se sienten hechizados. Y eso me entusiasma, me enloquece, y lo necesito. Y cuando yo me acerco a ellos con mis inefables formas, ellos y yo nos hundimos entre sábanas en el abismo del placer. De vez en cuando llamo a un chico que tiene como única actividad desplazarse en moto y tomar cervezas. Lo conocí en un bar y me dejé llevar. Apenas si hablamos, pero lo dejo que me desnude, que me excite, que elija, que decida y que me haga perder la mitad de mis fuerzas hasta la extenuación. Cuando empezó a cansarse de mí, conocí a un camionero. Ya no me importa que solo de vez en cuando esté limpio, y tampoco que casi no hablemos de nada. Necesito sentirme querida y se acabó… no quiero ni deseo nada más… ¿Alguien desea ahora censurarme mi vida?



# MANUEL Y VALENTÍN

Manuel y Adela han llegado a las nueve y treinta, y han entrado sin llamar a la puerta, que estaba, como siempre, abierta. Gritaron desde la entrada, subiendo ya las escaleras:

— ¡Isabel…! ¡Isabel…!

— ¿Quién es?... ¡Ah! ¡Mira quien viene! Adelante, adelante... ¡Mírala ella...! Pero qué guapa está, dame un beso. Manuel, como va esa vida. ¡Hombre! ¿Os han dado ya la casa? ¡Qué alegría de veros por aquí, por el pueblo! ¡Cómo vais a molestar! Vosotros no nos molestáis nunca, faltaría más. No, si ya hemos terminado de cenar… Pero pasad, Adela, Manuel, pasad, acercaos aquí, a la lumbre. No, mucho frío no hace, pero gusta, gusta ponerse cerca de la lumbre. ¿Os tomáis una cerveza? Mejor un vaso de vino, Manuel prefiere un vaso de vino, y Adela una copita, una copita de licor de frambuesa que trajo mi hijo de... ¿De dónde fue Isidro? Bueno de por ahí, del extranjero, de más lejos de Francia…, de Austria. ¿Es de Austria, Isidro? Bueno sí, de donde sea, el caso es que no es de aquí.

— Por fin, por fin nos han entregado el chalet esos italianos. ¡Y en qué estado! Hasta el calentador, Isabel, hasta el calentador se lo han llevado. Claro que no estaba en el contrato que se dejaran el calentador. ¡Cómo iban a poner eso! Nadie piensa que puedan llevarse un calentador de una casa. Y lo de la luz... Lo de la luz es todavía peor. Eso no tiene perdón de Dios. Cortaron los cables a cosa hecha, Isabel, a cosa hecha, para fastidiarnos. Y tuvo que venir un electricista que lo arregló. Muy fácil, eso sí. Se creían ellos que no lo íbamos a arreglar. Manuel sabe de electricidad, pero tuvieron que venir de la casa, de la casa, Isabel, de la Sevillana, porque Manuel no está autorizado para tocar los cables de fuera. Los de dentro sí, en la casa él hace todo. Pero no nos cobraron nada, fíjese, Isabel, no quisieron cobrarnos nada. ¡Uf, si los italianos lo supieran! ¡Cómo me gustaría que lo supieran! ¿Que por qué? ¿Que por qué hicieron todo eso? Yo que sé... por rabia... porque primero nos dijeron que siete millones y medio, y luego les pareció poco, alguien les diría que era poco. Pero, si querían más, que nos lo hubieran dicho antes... La verdad es que el chalet está bien por ese precio, y el terreno llega hasta abajo, sí, hasta abajo del todo, hasta el barranco. Menos mal que no nos compramos la casa de los Fenoy, allí es que no podía subir la furgoneta, y claro, para llevar algo... Y luego en invierno... menudo... para llevar muebles… y para eso si hay un poco de hielo... Entonces no se puede ni pasar, con esa cuesta... Además, no tenía mucho terreno. Por precio sí, por precio si la hubiéramos comprado, ya ve usted, señor Isidro, si ya lo teníamos todo preparado, y era más barata que ésta, bueno, si nos pedían cuatro millo-

nes... Como se lo estoy diciendo, Isabel, como que me llamo Adela, y si no, aquí está Manuel para decirlo. ¿Verdad usted, señor Isidro? ¿La furgoneta? La furgoneta tiene ya diecisiete años, bueno, y va fenomenal, como una seda, el aceite a los tres mil kilómetros, y *tira palante*... Sí, eso sí, todas las semanas. Nos venimos todas las semanas. A la Adela le gusta mucho venir. Y ahora más, ahora ya, con la casa... No, por las tierras no es, porque las tierras no nos preocupan mucho, lo más importante es el trabajo, el trabajo es lo primero, no es verdad señor Isidro, lo primero es el trabajo. Manuel, los viernes, cuando deja el camión, cogemos la furgoneta y nos venimos los cinco. Manuel, o Valentín conducen muy bien. Y siempre tenemos alguna chapucilla que hacer. A los niños les gusta venir… porque les gusta la casa… ¡Ay, la casa, Isabel! ¡Cómo se nos está quedando la casa! ¡Tiene usted que venir a verla! ¡Ay que preciosa! Manolito se está haciendo una habitación, ¡qué habitación!, con su tocadiscos, con su despacho, con su ordenador, y ahora quiere poner un billar, un billar, fíjese usted. La habitación es muy grande, ¡uf! ya la verá usted, Isabel. A ver si viene usted a verla, señor Isidro, claro, claro que tienen que venir. Con su billar. Un billar español, porque el americano no le gusta, no le gusta, dice que no le gusta... El sábado han dicho que van a traer la mesa. ¿Manolito colocado...? ¡Digo...! pues claro que está bien colocado... gana lo suyo. Aunque eso sí, Isabel, bien merecido se lo tiene, porque trabaja... no se puede usted imaginar lo que trabaja, yo por las noches le dejo la cena puesta y ni sé a la hora que se la toma, porque claro, hay cosas que no se puede dejar en la oficina y, como es con los ordenadores,

hasta que no las termina no se viene. Claro, eso digo yo… ¡cómo se va a echar novia si no tiene tiempo! Imposible echarse novia, si tiene lugar... Y cuando venimos al pueblo no quiere salir, se pone a oír música, o a leer. Ahora se ha quedado allí, no sé lo que estaba haciendo, está tan cansado de la semana que le apetece descansar... Eso sí, se gana su buen sueldo, está muy bien, muy bien colocado. Cuando nos falta algo, él nos lo presta, y tiene sus buenos ahorrillos. Ese cuando se case, si se casa, no va a tener ningún problema para comprarse el piso. Pues veintisiete, fíjese usted, ya tiene veintisiete, se acuerda cuando iba a su casa, era un crío, ¡ay! Pero yo de lo que quiero es que se case, que se case de una vez.

— A nosotros el pueblo nos gustó, esa es la verdad, nos gustó desde que llegamos la primera vez. Por usted fue, Isabel, ya lo sabe. Nosotros la habíamos oído hablar del pueblo, y veníamos con la idea de comprar unos olivos, pero el pueblo nos gustó, verdad Adela, claro que nos gustó, y a los niños también les gustó, claro que les gustó. Además, nosotros ya estábamos hartos de Almendralejo, allí habla mucho la gente. Este es un pueblo tranquilo, y no está tan lejos, hora y cuarto, hora y media, en el erre ocho. Claro que tenemos todavía el erre ocho, veintidós años va a hacer ya que lo tenemos, y anda bien, mientras ande bien para qué queremos comprarnos otro. Los coches están muy caros, y si queremos hacer un viaje largo, como tenemos el abono de Renfe. Pues a mí, Isabel, me gusta también lo de la misa. Lo que pasa es que esta tarde no podíamos ir. Estábamos ahí con gente, con los parientes, y no fuimos. Pero a mí me gusta el sermón. Me

gusta lo que dice el cura, y de vez en cuando voy a oírlo. Mi padre me acostumbró cuando éramos pequeños. Nosotros íbamos en bicicleta a ver las procesiones, desde Almendralejo; y luego nos volvíamos. A mi padre le gustaban mucho las procesiones, ¡Uf!, que si le gustaban, donde va a parar. Y a mí también. Nosotros no somos muy de misa, ya lo sabe usted, pero nos gustan los sermones. Sí, es verdad, claro que nos gustan, el domingo vamos a ir a misa.

— ¿Valentín? Valentín no viene hasta el lunes, ya lo vemos en Cáceres, luego tiene cuatro días libres, tampoco puede quejarse, pues eso sí, son trabajos distintos. Manuel también tiene que estar con el camión, de aquí para allá todo el día, por esas calles, con el tráfico que hay ahora, Dios mío, también eso es pesado y Valentín, pues de maquinista, por lo menos no tiene atascos, pero, claro, se pasa las semanas fuera de casa, fíjese usted, Isabel, los dos son conductores, uno de trenes, otro de camiones, y menudo lo que llevan detrás, pues gracias a eso, pues gracias a eso hemos podido ahorrar lo que ahorramos, porque Valentín gana bastante, y Manuel también, Manuel, no se crea usted, gana lo suyo, y porque no puede hacer más, porque él es muy trabajador, ya lo sabe su marido, Isabel, que lo ha tenido allí en la fábrica. Y Manolito lo mismo, Manolito le ha salido a ellos, claro que un poco mejor que ellos porque ya ha hecho una carrera, que no es una carrera como la de sus hijos, Isabel, que han ido a la universidad, pero, mírelo, ahí está, ganando sus buenas pesetas. Nosotros, la verdad, es que no nos podemos quejar, y ahora menos, si nos olvidamos de las faenas que nos han hecho los italianos esos, ya hemos conseguido lo que queríamos. Claro,

claro que nos ha contado nuestro trabajo, y porque soy yo la que administro todo. Sí, yo soy la que lo guardo, Valentín y Manuel me lo dan todo a mí y como no tienen gastos, porque no los tienen... Ni fuman, claro que no, ni tienen más vicio que su trabajo y poco a poco vamos teniendo nuestros ahorrillos. Lo de Manolito no, eso va aparte, él, lo que gana, se lo ahorra, porque tendrá que casarse, claro que, como yo digo, si no sale a la calle, no sé con quién se va a casar, para casarse tendrá que buscarse una novia, vamos, digo yo, pero en fin, mientras tanto, va teniendo sus ahorrillos hasta que se compre un piso, no va a vivir toda la vida con nosotros...

— Nos vamos, Isabel, que ya es hora, aquí en el pueblo hay que ver lo rápido que se pasa el tiempo. Ya vendrán a ver la casa, todavía tenemos todo en medio, pues ya ve usted, como va a estar, a ver si poquito a poco podemos acondicionarla un poco, al menos que se pueda estar, porque ahora están todas las cosas por medio. ¿En coche? No, que va, si está muy cerca, nosotros venimos al pueblo andando, no merece la pena, de noche está un poco oscuro, pero tampoco, se llega bien, luego, eso sí, cerramos bien el portal, con un buen candado, claro que el que quiera puede entrar, no tiene más que saltar la valla, pero aquí en el pueblo todavía no hemos llegado a esos extremos. ¿Quién va a robar? Cualquiera lo reconocería, y además para llevarse cuatro tonterías, si total, no tenemos nada. Sí, Manolito está allí, y la niña, a él no le gusta salir, se quedan jugando, o lo que sea, allí se entretienen ellos, yo le dije a Manolito que se quedara en la capital, pero no quiso, que nada que él se quería venir al pueblo, y luego para quedarse encerrado todo el día ... ya ve

usted. Bueno, hasta otro día, que ya saben donde tienen su casa...

— ¿Cómo se llama la niña, Isidro? Qué coraje me da. ¿Cómo se llama la niña? ¿Que la niña se llama Valentina? No digas tonterías Isidro. ¿Cómo se va a llamar la niña Valentina? La niña, que ya no será tan niña... Si la vimos... ¿Cuando la vimos, Isidro? ¡Ay qué memoria tengo! Qué... ¿Cuando fue, Isidro? Bueno, cuando sea, se podría llamar Valentina, claro que se podría llamar Valentina, cómo su padre, si al otro le pusieron Manuel, como el suyo... ¿Aquí en el pueblo no se van a dar cuenta? Tontos te crees tú que son en este pueblo. ¡Claro que se darán cuenta! Y si ellos son discretos... Tampoco van a estar todos los días en la plaza... Y cuando salen, nunca salen los tres, no te creas. Allí en Cáceres tampoco iban los tres. Los dos sí. O iba ella con Manuel, o iba con Valentín. Y como Valentín tiene un trabajo que es como es, que se tira una semana sin pisar la casa... ¡Qué va! ¡Qué va! si llevan ya así muchos años. ¿Pues no te acuerdas cuando nos dijo que Manuel era su primo, su primo, que vivía con ellos? A buen entendedor... Y no creas que Adela es mala, que no es mala. Adela es muy buena. Y por eso las cosas están como están. Pero son muy discretos, Isidro, son muy discretos ellos, no vayas a creerte... Y muy agradables. Y siempre han estado pendientes de los nuestros. Al final sí. Cuando ya tuvimos confianza vinieron alguna vez los tres, Manuel, Valentín y Adela, de visita. Se sentaban los tres juntos. Ella en medio, y hablándonos de todo: de cómo iban a poner la casa, de que habían comprado el aire acondicionado porque no se aguantaba el calor, y hablaban los tres como de su propio

hogar, de Manolito, de la niña... ¡Qué se van a pegar ellos! Ellos se llevan fenomenal, Isidro, los tres, y los niños también, Manolito y la niña. Menos mal que no se te ha ocurrido decir nada cuando estaban aquí, que tú eres muy indiscreto con las preguntitas. Yo no sé cómo viven, pero ahí no se oye una voz más alta que la otra. La que lleva las riendas es Adela. Adela es la que organiza todo, la casa, las compras, las salidas, los gastos, y los otros obedecen. Ya lo ves, ya lo ves como son, si ellos no viven más que para el trabajo, pobrecillos. Y no piden nada más. En lo que resta, yo no sé lo que hacen. Ella sabrá. A mí de eso no me dice nada. No me habla. ¡Qué me va a decir! Me dijo, nos dijo al principio, que estabas tú delante, que Manuel era su primo, que vivía de siempre con ellos, pero luego no me ha vuelto a decir nada de eso. Y, ya lo ves, unas veces viene con uno, otras con el otro y otras, eso sí, las menos, con los dos. Y a mí nunca me ha hablado mal ni del uno, ni de otro. Más bien lo contrario. Siempre muy bien de los dos. ¿Que cómo pasó aquello? Pues yo no lo sé, la verdad, yo no me lo explico. Ahora bien, Manolito, es entero a su padre, a Manuel, aunque en el Registro Civil ese, o como se llame, figure que es hijo de Valentín. Y la niña, esa cabe pensar que es hija de Valentín, verdaderamente, porque a Valentín ella lo presenta siempre como su marido. ¿Cómo? ¡Que no lo dice! A mí sí me lo ha dicho… bueno no sé si me lo ha dicho, es verdad, ella no dice nada. Ella siempre habla de Valentín y de Manuel, sin más, y tanto monta, monta tanto... No te creas, Isidro, no te creas, porque ellos son muy buenos, los tres son muy buenos. Y muy inocentes. Y muy desprendidos... que no son nada de egoístas. Ahí Adela organiza, y ellos

se dejan llevar, y si necesitas algo, ahí están los tres dispuestos a poner de su parte... y si no acuérdate cuando... Lo que no sé, lo que no entiendo, es como pueden vivir así, con lo que es la gente, y ahora, todavía, pero antes, si antes con lo más mínimo se armaba un escándalo, y ellos, ellos tan tranquilos, como si nada, claro que son muy prudentes, esa es la verdad, son tan prudentes que no dan lugar... y deben tener la conciencia tranquila, y bien tranquila, y por qué no habrían de tenerla, por eso van a misa, eso sí, de vez en cuando, cuando les viene bien, yo no sé si irán los tres. ¿Qué dices? ¿Que van los dos? ¿Nunca van los tres? No, si es comprensible, lo que tienen que hacer es procurar que la gente no hable de ellos, y la verdad es que saben hacerlo porque poca gente está al corriente. No, no, yo que voy a decir, yo no digo nada, claro, ni a los niños ni a nadie, además, a nosotros no nos han dicho nada, ahora que aquí en el pueblo, con lo que son en este pueblo, yo no sé si han elegido lo mejor... tampoco es que se vayan a meter mucho en la vida del pueblo, pues eso, lo normal, irán a hacer alguna compra, irá ella, o los niños, verán a uno, al otro, pero nada más, y pensaran que son parientes que han venido de la ciudad. Si vivieran aquí todo el año, ya sería distinto. Ahora eso sí, son muy trabajadores, por lo menos Manuel es muy trabajador, allí va en su camión, que si lo ves de lejos parece que el camión está andando solo, porque no se le ve a él, pero el hombre pone todo su empeño, y está siempre dispuesto a todo, a todo lo que haga falta, fuera del horario, dentro del horario. Claro, qué prisa tiene por volver a casa, son hombres fuertes, nacidos y criados en el trabajo y se conforman con pequeñas

compensaciones. Al fin y al cabo Adela es capaz de organizar la casa con dos maridos… y ya es algo que ha entrado en sus costumbres… En qué camas duermen y cómo eso ya no lo sé yo… No me extrañaría, porque son menuditos, que tuvieran una cama para los tres, y Adela en medio. Ellos así son felices y se las arreglan tan bien que nadie se ha escandalizado… Ni tiene que hacerlo… ¿Vamos a ir nosotros a pedirles cuentas de lo que hacen puertas adentro?

# MUJER TRISTE Y MISTERIOSA

No voy a poder decírselo a nadie, Carmela, no se lo van a creer. Dirán que lo he inventado, que no es verdad. Y aunque enseñe la prueba, el texto de tu puño y letra, no me harán caso, muchacha. Guardaré contigo el secreto para siempre.

Hoy es cinco de abril de 1991. Desde hace años soy empleado de un banco y redactor por cuenta propia, mitad y mitad. Antes fui taxista y vendedor de libros, y mucho antes aprendiz de mecánico y estudiante. Durante mis horas de banquero procuro ser tan intenso y eficaz que me he ganado el afecto de mis jefes y el desprecio de mis compañeros, pero como lo segundo no cuenta para los ascensos me han nombrado director de una nueva agencia. Por la tarde redacto artículos de relleno, folletos que no llevarán mi nombre o textos publicitarios de hojas que acaban en la papelera. Me agrada tener dos profesiones para compensar en la más libre los fracasos de la más rígida. Por las tardes, después de una breve siesta, escribo en mi estudio unas cuatro o cinco horas. Algunas veces mi mujer me lleva de compras aunque no sea

necesario. Necesito ser empleado de banco y algo más. Podría añadir a mi profesión principal la de agente de seguros, la de publicista, incluso la de mecánico, pues me siento hábil aún, pero no podría ser solo banquero.

Un amigo mío es médico. Va al hospital por las mañanas y hace cuatro largas guardias al mes de veinticuatro horas. Por las tardes echa una cabezadita, lee un poco, cada vez menos, y luego saca a pasear al perro, o a su mujer y sus hijas si se lo piden. Con una vida así de cómoda ha conseguido ahorrar. Para eso hay que ser médico. Si yo tuviera que sacar al perro tres veces al día no me daría tiempo a ganar lo que gastamos en simplezas.

Mis amigos me llaman al banco para evitar el mal humor con que respondo al teléfono por las tardes. Pero otras personas, peor informadas, interrumpen y retrasan mis proyectos. Me aterran los vendedores, los encuestadores, los fingidos amigos, los vecinos inoportunos y quienes se equivocan de piso. Ninguno de ellos sabe ni quiere saber que estoy trabajando. Los vendedores prefieren visitar con la tarde vencida. Llaman una vez: ting-tang. Esperan unos segundos, pocos, porque en muchas casas no hay nadie, y tocan otra vez, ting-tang, y se van si no abren.

Mi mujer, has adivinado que es extranjera, sí, Carmela, tiene por las tardes esas reuniones de febril amistad femenina que es como la gimnasia de mantenimiento, pero aplicada a la inteligencia. Antes hacía ballet, pero esa actividad la ha heredado la niña. El otro va a yudo. Lo he tenido que aceptar para no discutir en todas las cenas.

Por las tardes, después de la desbandada, me quedo solo. Cuando suena el timbre me lanzo, irreflexivo, como a una llamada de mis jefes, y doy de bruces con el inoportuno visitante:

Mire usted, venimos ofreciéndoles la doble ventana de aluminio para evitar ruidos... Una oportunidad... ya sabe... desde que ha construido la autovía...

— Ting-tang. ¿Está el ama de casa?

— ¡No...! Está en mantenimiento. ¿Qué quería?

— Es un lote de productos que sirven para...

— Ting-tang.

— Soy estudiante... ¿Le importaría colaborar en una encuesta? ¿Tiene hijos en edad escolar?

— Pues sí... ¿Les ayuda usted a hacer los deberes?

— Sí, ponga que sí... (No es verdad pero sería más complicado dar explicaciones).

— ¿Les ofrece algún libro en particular...?

— Pues... ponga que...

— Seguro que le interesaría a usted la Enciclopedia Temática del Hombre que puede pagar en 36 meses sin recargos...

— ¡Oye, tú! ¿No me habías dicho que era una encuesta...?

— Y lo es...

Y cerré la puerta en las narices del falso estudiante. Era un viernes, como hoy. Antes de volver a la incondicional pantalla de ordenador sonó el timbre otra vez. Era la voz amable de la vecina que quería saber si la enciclopedia y la oferta de pago (más el mueblecito y la televisión portátil de regalo) parecían adecuados para los estudios de sus hijos Aitor y Ainoa.

Ningún vendedor ambulante me pregunta si trabajo en casa. Un día me prometí no volver a abrir la puerta y estar ausente para vendedores y vecinos inoportunos, ya que los amigos han dejado de visitarme con espontaneidad. Por eso esta tarde, Carmela, esta aciaga tarde, cuando ha sonado el timbre y he mirado, con reserva, por la mirilla, no he podido evitar, compréndelo, ver cara de vendedora en la de una mujer triste y misteriosa que, como tantas otras, ha repetido la llamada. La he visto luego, desde la ventana, salir a la calle y desaparecer en un coche rojo cuyas formas confundo. Y he recogido después una nota del buzón:

*Nos conocimos en el tren hace veinte años ¿recuerdas? Te di una carta para que la guardaras sin abrir. Ya puedes leerla si no la has perdido*. *Soy Carmela.*

No tenías que presentarte. Para mí, Carmela, sólo hay una Carmela y esa eres tú porque no conozco otra. No hay que recordar lo que no se olvida. Y no he podido reconocer tus finos y sutiles trazos (¡que Dios me confunda!), porque son muchas las caras de los últimos días, porque ni siquiera he mirado el rostro. Y he salido a buscarte en zapatillas, sublevado contra la absurda perfección. He pasado la tarde por las calles, en una búsqueda inútil. No he podido comprobar que lo de las sienes era pasajero, que no te ha cambiado la voz, que todavía embrujas con vehemencia, que tus modales son aún entre bruscos y toscos, y finos y sensibles. Esta tarde he sabido que casi todos los coches nuevos son rojos, rojos o grises. Los verdes, los azules, los amarillos, ya no se llevan. A

lo mejor, Carmela, no puedes reconocerme. Peso muchos kilos más que el único día que nos vimos, la noche del tren, tengo la cara redonda, el cráneo desguarnecido y la voluntad destrozada por los fracasos. ¡Entiéndeme, Carmela, no te he abierto porque no me dejan trabajar los vendedores...!

Se me ha erizado el cuerpo al comprobar la fecha de tu carta, cinco de abril de 1971, hace veinte años exactos. Aquel día llevaba en el bolsillo un billete de segunda y unos miles de pesetas. Subiste al tren a la hora del café. En los lentos vagones españoles los viajeros cuentan sus vidas, y parte de la tuya se leía en una herida cerca de la sien. La ocultabas sin demasiado cuidado con tu cabellera rubia trigueña. Tenías dedos largos y juguetones, cejas escasas, párpados blancos, frente sonrosada y algunas manchas en la cara, muy pequeñas, azafranadas. Bajo el suéter, abierto, una camisa rosa, floreada. Tu equipaje, una maleta marrón, muy rectangular, y nada más. No usabas bolso. Hablabas con la franqueza de quien no tiene nada que perder, y con un desencanto bien adquirido en las largas tardes de verano en casa de quienes tú llamabas los «señores», Carmela. Y a Barcelona ibas, como yo a Suiza, en busca de lo que no encontrábamos por aquí. Hubieras preferido quedarte, pero el señorito de la casa te había «requerido indecentemente», así lo decías. La culpable era la señora, que ni siquiera quiso soportar la sospecha de que el marido pudiera desearte. ¡Como si los hombres no desearan, sin poderlo evitar, a las mujeres como tú, alma de Dios! Y en un pueblo no se puede cambiar de casa y de señoritos con la duda a cuestas. He recordado aquella larga jornada en el tren, tan densa y lejana. Para el hombre que subió

dos horas después de habernos conocido nosotros éramos novios desde siempre. El tipo se adueñó de un lado, y nosotros del otro. Y en las paradas temíamos que algún viajero intrépido pudiera robarnos el espacio que nos habíamos atribuido. Y hablábamos de pie, pegados a la ventanilla del pasillo, rozando suavemente los cuerpos sin que ni tú ni yo quisiéramos evitarlo. Y pasaban lentamente las estaciones y las horas. Se fue haciendo el aire cada vez más intenso. Olores y alientos. Cerrábamos los ojos sobre el respaldo rígido del asiento revestido de un mugriento plástico azul. Paseábamos, idas y venidas por los vagones, en busca de un arrebatador compartimento vacío. Y nos quedamos dormidos luego, en un desconocido vagón. La noche parecía eterna. Por eso aquel tren, lento y perezoso, no quería llegar a Barcelona. Allí nos despedimos hasta hoy, Carmela, hasta esta estúpida tarde. Y ya en el andén sacaste de tu maleta un bolso, y del bolso una carta y me la entregaste bien cerrada:

No lo abras. No lo abras nunca, hasta que te avise.

Llevé en el lugar más protegido de la maleta mi contrato de trabajo, en alemán y en español y al lado tu carta, aquellas palabras secretas y hechizadas. No pude olvidar durante muchos años tu rostro bohemio, Carmela, ¡caramba!, que no hay quien te mire con calma. Guardé el secreto en mi habitación de mecánico aprendiz y luego, cuando supe que podía ser taxista en Barcelona regresé a tu ciudad. Por entonces, hipnotizadora de hombres, ya no tenía la intención de guardar secretos, pero un nostálgico respeto, bruja Carmela, me aconsejó no violarlo. Y escondí el sobre bajo el cartón que da

forma al fondo de mi bolsa de viaje azul, y allí estuvo muchos años, de un lado a otro, hasta que me olvidé de él. Debí pensar que aquel papel, como el derecho a pasar otra noche juntos, también había caducado. Y no tiré la bolsa, ya inservible. Se quedó en el armario recóndito del desván hasta hace unos minutos, Carmela, a la vuelta de la persecución a tu fantasmal persona. He subido al altillo, he buscado la bolsa azul, y he leído tu breve carta. La tengo aquí, en mis manos temblorosas y frías que anhelan el calor de las tuyas, muchacha, ásperas y dóciles.

Mis piernas y brazos palpitantes no encuentran descanso.

*Barcelona, cinco de abril de 1971. Cuando pasen veinte años serás un señorito con criada, vivirás casado con una extranjera y tendrás dos hijos, uno varón y otro hembra. Serás un hombre importante y rico. Si lees esta hoja antes de tiempo no se cumplirá.*

Quiero poder decirte, Carmela, gitana, otra vez, cientos de cosas, aunque sé que si te viera de nuevo quedaría mudo, Carmela, mudo para siempre.

# NÚMERO DOS

El anuncio de la llegada de dos periodistas inglesas quebró la monotonía de la ciudad. Carol y Laeticia venían bajo los auspicios de un periódico londinense que se había propuesto promocionar, para deleite de sus lectores y a través de informes y fotos, los placeres y encantos de una ciudad mediterránea bañada por el sol. Nadie sospechó por entonces, ni muchos años después, que las extranjeras no tenían nada que ver con lo anunciado, sino con intenciones más aviesas.

Apenas si había hoteles en una ciudad donde la guerra había eliminado a tantas personas como voluntades. Por eso Carol y Laeticia se alojaron como huéspedes de honor en la casa del doctor Angulo, por entonces gran consejero y amigo de una importante autoridad local y padre de dos jóvenes y bien consideradas chicas. Frecuentaban las hijas del médico las mejores familias y el mejor colegio de la ciudad. Las chicas elegantes se disputaban la compañía de las Angulo, pero éstas, sin reparar mucho en ello, compartían charlas y paseos con Mary Ferrero, una compañera de clase protegida por la

caridad de las monjas y más conocida en la ciudad por el nombre de Mary la Seca. Entraba la Ferrero y otras tres muchachas más, para no ofender la dignidad de las chicas de pago, por la puerta de servicio del colegio, y se sentaban al fondo de la clase, pero todo lo demás era compartido con las ricas.

*

Se encargaron las Angulo, porque así parecía corresponderles, de agasajar las primeras horas de las periodistas inglesas en la ciudad y pidieron a otras amigas del colegio y también a la Ferrero, siempre dispuesta a aceptar sin objeciones las iniciativas de las hijas del médico, que asistieran a la fiesta de bienvenida. Rogó entonces y suplicó la humilde amiga, porque esa era la usanza, que su hermano Manuel la acompañara.

El mayor de los Seco se había levantado aquel día de mal humor y le duró el malestar y descontento hasta casi las nueve de la noche, pero se presentó en la recepción con sus mejores galas acompañando a Mary la Seca, su hermana.

Los asistentes vieron a sus ilustres extranjeras con marcada distancia. Pocos se atrevieron a ir más allá de las frases breves y rápidas que aconseja el respeto. Las inglesas contestaban con gracia y moderado acierto gramatical. Y en aquel ir y venir de gente, cuando Manuel ya no esperaba nada de una jornada inútil y desabrida, se encontró cara a cara con la intrigante señorita Laeticia. Hoy, tantos años después, ya no tiene la certeza de si fue como recuerda. Corría el aturdido

verano de 1942 y pasaron tantas cosas y tan rápidas que Manuel, el hermano de la Seca, se encontró sin rubor y sin testigos hablando cara a cara con la inglesa Laeticia, y salieron juntos a tomar el aire, unos minutos, como hacían los demás convidados, por la solitaria calle de una ciudad donde, aunque tampoco encontraron el aire fresco que buscaban, sí descubrió un impulso de la extranjera hacia él, primero con palabras vacías, luego con frases más propias.

Ella le contó que había nacido para ser número dos y, en tono más emocionado e íntimo, que su vida había transcurrido en segunda fila. Había nacido el dos de febrero de 1922. Muchas cosas importantes de una vida ocurren sin que sepamos que van a llegar, y Manuel, el Seco, que hubiera esperado cualquier nefasto acontecimiento de aquel dos de agosto, se encontró de frente, sin haber tenido la menor sospecha y por primera vez en su vida, con unos ojos, los de Laeticia que estaban mordiendo los suyos y que, olvidándose del agasajo, atrapaban a la única persona de las allí invitadas por quien la inglesa se había interesado. Y no pudo creerse, aunque había evidencia de ello, lo que quiso decir la extranjera cuando sin soltar la mirada susurró:

Tú eres mi número uno.

*

Después de aquel primer encuentro Laeticia y Manuel se vieron tantas cuantas veces sugirieron sus rebeldes y sueltos instintos. Un afecto invisible y gigante dejó a él al servicio de ella y ella habría hecho, tal vez, todo lo que él hubiera pedi-

do. Número dos y el Seco se propusieron, sin haberlo concertado y en contra de sus feroces deseos, no sobrepasar los límites que impone el decoro. Por eso a la caída de la tarde, cuando las Angulo, las inglesas y otros amigos salían a pasear, el joven Manuel se unía humildemente a ellos y los amantes hablaban con disimuladas señas o breves palabras de complicidad para establecer sus citas. Número dos le mostró con escasa medida las veredas sinuosas del cuerpo femenino, tan vetado, tan secuestrado por los recientes vencedores de la guerra. Las cosas eran por entonces desconocidas y enigmáticas y nadie se atrevía a entrar en ellas, ni en las desordenadas prácticas que los enamorados son capaces de ingeniar en lugares que solo la pasión aconseja. Carol y Laeticia fotografiaban las playas vigiladas por la curiosidad ciudadana, y tomaban nota de lo que veían allí. Por las tardes dormitaban o aparentaban dormir una larga siesta. Las noches eran recónditas y penetrantes. Carol se prestó a colaborar con las difíciles citas de los amantes, con elegancia y cautela. Llegó a convencerlos de que aún estando junto a ellos creyeran que no estaba. Y entonces supo Manuel que lo hasta entonces vivido no era más que una parte exigua de lo que él había sospechado, una facción insignificante, incluso estúpida, que poco tenía que ver con la oculta sabiduría y las ceremonias secretas de la inglesa Laeticia. Nadie controlaba sus noches en blanco, sus comedidos y rabiosos desplazamientos nocturnos por la ciudad en busca de los lugares que Número dos y él concertaban y que eran muchos más de los que la vulgar experiencia imagina.

*

Uno de aquellos días, cuando pasaron por delante de la mansión de los Fernández de Tejada Blanco (cuya fortuna nadie se atrevía a evaluar por entonces) Laeticia preguntó a Manuel si conocía a los habitantes de la residencia. Solo veintitantos años después, cuando murió la última descendiente de la estirpe, se supo que ingleses fueron también sus propietarios, aunque hubieran disimulado y ocultado su origen hasta el final.

— No los conozco — respondió Manuel.

Ella le pidió que se enterara de quiénes eran, por qué tenían una casa enorme y agresiva en riquezas, y cómo habían soportado los desastres de la reciente guerra. Aquel interés, según creyó Manuel, respondía a la inclinación que los ricos tienen por los otros ricos. Y como era fácil preguntar a unos y otros y dar respuesta a la curiosidad de Número dos, poco a poco, un detalle tras otro, Manuel recogía de unos y otros todo lo que fuera necesario para colmar la curiosidad de la periodista fingida, interesada a la vez por la modesta vida de Manuel que a tan poca gente había atraído hasta entonces.

Cuando se acercaba la despedida, Número dos rogó a su furtivo amante que preparara las maletas para huir con ella. Y Manuel, que hubiera hecho lo que Laeticia pidiera, se prestó a borrar su insípido pasado y empezar de nuevo en lo desconocido. Soñaba ya el Seco con paraísos perdidos, con placeres exóticos, con islas vírgenes, con riquezas que se obtienen con alargar la mano.

La víspera del día señalado Manuel no supo qué hacer con los paraísos en un país cuya lengua era un secreto indescifrable; tampoco creyó práctico lo exótico si los ingleses, que también había hombres, iban a relegarlo más de lo que ya vivía en su ciudad y tuvo un inequívoco recelo con las soñadas islas. El Seco, angustiado, hizo saber sus turbaciones a Laeticia, y ella, delirante, no quiso entenderlo. Atrapada entre la duda y la perplejidad, entre la obligación y el secreto, Laeticia acudió a su última cita con el tímido Manuel, el Seco, cuya pasión insaciable veía transformarse en desmedido espanto. Ella repetía que no iban a separarse nunca, mientras luchaba contra una intrépida lágrima en formación en las pupilas. El, Manuel, decía que sí, que para siempre, pero no era capaz de controlar un miedo anudado sin respeto en el gaznate.

*

Y así, en vela, sin reparar en decisiones, llegó el amanecer de la última noche de abandono en la familiaridad de un dormitorio que Carol, prudentemente, había dejado libre. Y como había que tomar una decisión, y como llegaba el momento irremisible, la inglesa, avergonzada y confusa, quiso reconocer entre sollozos (y eso sí que no estaba en los planes) que Carol y ella no habían viajado para la promoción de las playas, sino para llevar a cabo la secreta misión de investigar sin sospecha a los miembros de la poderosa familia que habían sobrevivido al exterminio de la guerra civil, y anotar sus costumbres y debilidades. No sabía nada del uso que

habían de darle a las pesquisas. Lo que sí figuraba en sus planes (lo dejó oír mientras se cubría la cara con las manos) era engañar a un confidente disfrazado de amante. Y como no había manera de justificar la presencia de Manuel en la estación para despedirla, y más si acudían, como estaba previsto, las autoridades locales que seguían considerando a las inglesas enviadas del periódico de Londres, el Seco la siguió de lejos, sin ser visto. Y fue la última en subir al vagón, y tal vez ella estuvo pensando en quedarse, y el tren desapareció perezosamente en el horizonte.

*

Han pasado muchos años y Manuel no quiere acordarse de la confesión de Laeticia. Aunque prometió que iba a volver, hay un inmenso vacío lleno de otoños. Esta mañana, cuando ha recordado que son ya casi cinco las decenas que quedan atrás, Manuel, encorvado en el taxi que lo ha visto envejecer, sigue recordando las últimas palabras de Laeticia, las que pronunció con los ojos brillantes y acuosos:

— Hasta pronto, Número uno.

# PARA DECIR ADIÓS

Quiero que sepas, Luisa, que el estado del hombre enamorado es tan natural como el hambre, la sed, el sueño o la ansiedad, y tan pasajero como todos ellos. No tan pasajero porque queramos que pase, sino porque es natural que pase como el recorrido de otras pasiones por nuestros incontrolados deseos. Dejarse dominar por el amor es tan insustancial como cualquier vulgar aceptación de otros anhelos que impone la naturaleza.

El estado del hombre o la mujer enamorados, Luisa, como otros muchos, está descrito en los libros desde siempre. El amor domina como la depresión, como la angustia, como otros apetitos insatisfechos, y aunque es más dulce puede ser más cruel. Cuando saciamos el hambre encontramos cierto placer en los primeros manjares y un agobio en los últimos, si los prolongamos. Cuando nos posee el amor creemos ingenuamente se ha instalado en nosotros para siempre. Nos sentimos incapaces de ver en la persona amada que tenemos enfrente algo distinto a sus virtudes, ni de descubrir el más

elemental de los defectos aunque sepamos que la gente, cualquier persona, puede ser tan atractiva como despreciable. Tampoco sabemos considerar que en el mejor de los casos el amor solo dura, cuando se cultiva, unos cuantos meses. Y cuando se deja de regar desaparece en unas semanas. Lo nuestro ha sido una sucesión de estúpidas coincidencias. Si hubiera fallado alguna de ellas, solo una, no habríamos sido atrapados en estas maléficas redes.

Cometí la torpeza de llamarte, y tu de contestar. Podría haber emplazado a otra, y hoy las cosas serían distintas, probablemente menos turbulentas, o tal vez más, quién sabe.

Mucha gente que me rodea, Luisa, te lo digo con mucho pesar, me desprecia. Lo sé. Y eso no lo podemos evitar. Solo los pusilánimes carecen de enemigos. Y me empieza a parecer, y me alegro de entenderlo así, el estado natural de las relaciones humanas, el reparto de tanto amor como odio, y en igual medida. Sólo cuando las cosas se entienden, se aceptan mejor. Muchos de mis compañeros de trabajo menospreciaban mi labor cuando me conocieron porque uno pone etiquetas a la gente mucho antes de proponérselo. En cuanto busqué algún protagonismo fui alargando la lista de enemigos. Cada vez que algún éxito, fingido o aparente, me acecha, la hostilidad crece. Cuando he intentado acercarme generosamente a mis enemigos no he conseguido sino alejarlos aún más... ¡Soy tan torpe! Y sé que si la sucesión de circunstancias hubiese sido otra, el resultado bien podría haber sido el inverso. Y he sido aturdido y despistado también contigo. No he sabido llevar las cosas para evitar la trampa, y los últimos pasos han sido de una absoluta necedad. En vez de encontrar

palabras favorables, he tenido que emplear, incapaz de hacerme con las buenas, aquellas que más enredan. Esa inhabilidad me ha perseguido siempre, la de no saber dar a las personas el trato oral oportuno, siempre con la nefasta intención de transmitir ideas excelsas. Por eso otros amigos empiezan a deshacerse de la estima que me tuvieron. Soy, según creo, algo engreído, aviesamente egoísta, ególatra, estrafalario, depresivo enraizado, y, como conjunto, simplón, fuera de dos o tres destellos que a veces se colocan con oportunidad y dejan entrever lo que no soy. Hablo demasiado y repito con insistencia las mismas cosas. Por eso apenas me quedan verdaderos amigos. Me produce un dolor profundo y descarnado hablar así, porque veo en ello una verdad tan grande como la inmensidad del los océanos.

Caminamos ciegos por la vida, solo autorizados a registrar las apariencias: una playa solitaria o llena, una calle romántica, un atardecer de ámbar, ocre y amarillo... Las verdaderas fuerzas del mundo y las cosas no se ven. No se ve el tiempo, que nos engaña constantemente cuando pretende convencernos de que en cuatro días se ha conocido a la mejor persona del mundo, a la que va a servirnos hasta la eternidad. Nos engañan las distancias tan capaces de falsear nuestro entorno según el lugar del mundo en que hayamos nacido o vivido, único que nos sirve de perspectiva; y el mayor embaucador es el conocimiento, las apariencias que nos deja ver nuestro desalmado razonamiento. Saber, creer que sabemos, solo sirve para desarrollar aún más lo que ignoramos. Lo demás lo pone la precipitación, la necesidad de tomar decisiones todos los días, en todo momento, incluso cuando no

queremos tomar decisiones. Todo es, Luisa, una auténtica mentira, incluso lo que nos ha pasado estos días. Ni aquella amabilidad que te enternecía fue tan sincera como te pareció, ni la generosidad tan a manos llenas desbordada era tan desinteresada, ni aquellos gestos y frases fueron tan francos como has querido ver, y ni siquiera aquellos destellos de cariño fueron otra cosa que falsos consejos de la naturaleza.

La etiqueta que tú y yo nos pusimos al conocernos estaba reservada a los objetos de lujo, y era tan fraudulenta como ellos. Cuando te leyeron mi marca te dejaron creer que yo era esa pieza que no vale más que otra, pero se presenta tan esmeradamente envuelta que aparenta mucho más de lo que contiene. Así es todo en la vida, y también las veleidades del amor, su capacidad para posarse, con oportunidad o sin ella, con irreflexivo capricho, en la persona que se cruza en el camino por la razón más inconsistente y peregrina. Y tu incontrolado deseo vino a fijarse en mí de manera tan rebelde como peregrina, al azar, con la más absoluta ignorancia y desprecio hacia los cientos y miles de personas que te interesarían más que yo, un engaño más que añadir a las absurdas preferencias de la naturaleza.

¿Has observado con qué inoportunidad destruyen las catástrofes a las personas? Las epidemias, los terremotos y los huracanes son tan demoledores como las veleidades amorosas, y hay que vivir precavidos. La catástrofe del amor funciona así: primero predispone al individuo aconsejándole, desde fuera de todo convencionalismo, la necesidad de acercarse a alguien. Como no se ha inventado aún el emparejamiento consciente, buscará entre todos cuantos se crucen y

cuando menos lo espera, ¡zás!, enamorados, sin tener en cuenta las distancias, las culturas y, lo que es peor, los compromisos adquiridos. Se reviste de toda su crueldad para atacarlos con su refinado veneno, con sus peligrosos vuelos, con sus maléficas alteraciones de lo real. Y se ha cebado en nosotros con despotismo y truculencia, con el certero deseo de astillar corazones, los nuestros, con la lanza de las inconveniencias, con la distancia, con la celosa amenaza de quienes, también lícitamente, nos han rodeado desde hace mucho, con el hacha amenazante de nuestro pasado, con el deseo de aniquilar nuestras rectas voluntades... y ha estado a punto de conseguirlo.

Puede ser que alguno de nosotros sienta ese extraño e inoportuno deseo de estar junto al otro, de pensar en él, de soñar estar juntos como si fuera lo único deseable. Puede ser que alguno de nosotros se despierte soñando en el otro, y mire al horizonte de personas que lo rodean y solo piense en el otro como si todo estuviera vacío con el único objetivo de experimentar lo que solo una persona en el mundo siente, la amada.

Imagínate, Luisa, que alguien tiene muchas ganas y deseos de visitar Venecia, y que desde el alba hasta el ocaso piensa en Venecia. Anega su pensamiento, lo concentra en ese tema y modela las ansias. Busca constantemente información, la lee y la relee, la recrea, la idealizarla, la revive en secreto, busca sin descanso motivos para concentrarse en aquella mítica y legendaria ciudad. Han sido tantos y tan intensos los deseos que cuando llegue la visita se encontrará decepcionado, frustrado de haber alzado tanto sus esperanzas. Algo así

sucede con todo. El ideal pierde mucho valor cuando la ilusión se convierte en obsesiva. El ideal es una enorme mentira. La vida, el gozo, los placeres solo están en los pequeños actos de todos los días: en la lectura de un libro, en la contemplación de un cuadro, en la conversación con un amigo, en la redacción de una carta, en una película, en un programa de televisión, en la esperanza de un pequeño viaje o de un furtivo encuentro, en la audición de una música favorita, de alguien que toca la flauta... o, y aquí está el problema, de toparse con una inesperada extranjera que canta en su lengua materna y en la noche de San Juan una melancólica canción popular acompañada por una guitarra tañida por ella misma. El inconveniente es que no sabemos poner los límites, y no supimos ponerlos. Habría sido necesario quedarse ahí, en aquel principio, sin ir más lejos. Las fronteras del espacio y del tiempo son infranqueables. Y no se puede desear por desear. Ni existe el amor ni existe la amistad, Luisa, créeme. Solo existen momentos de amor y momentos de amistad, y esos, y solo esos, son los que tenemos la obligación de cultivar. Pero las redes del deseo son tan intrincadas, tan traicioneras, se encaran tan mal, han engañado a tanta gente, conducen con tanta fuerza al fracaso...

Seguro que habrás pensado, como yo, en el futuro. Ya lo habías descrito con gran inteligencia los días que estuvimos juntos. Tu enorme capacidad de análisis me entusiasma. Lo cierto de esa habilidad es tu experta visión de las cosas, y esa frase que no me atrevo a pronunciar porque resulta terrible. Nada nos dice que el mismo conjuro que ha envenenado nuestros pensamientos envenenará también nuestras volun-

tades, que es lo que cabe esperar, para hundir frágiles castillos de papel construidos sin cimientos.

Hemos sido atrapados, Luisa, ingenuamente sorprendidos. Y tenemos la obligación de despojarnos de esa destructiva ponzoña, de esos falsos atuendos, de esa engañosa atracción y beber el antídoto, vestir lo que nos corresponde y destruir las apariencias. Vencidos los enemigos, tendremos que procurar la estabilización de nuestras vidas limpias de errores. Hemos de transformar todos los asuntos que nos rodean, incrementar un poco más la felicidad cotidiana y olvidar esas trampas que tiende la vida, huir de lo que la destroza, y guardar lo que la ennoblece, aunque cueste dominarlo.

Este es el final, Luisa, y éstas las últimas palabras. Devolvemos las mentes y las cosas al lugar donde estaban, al lugar de donde nunca debieron haberse movido. Adiós a las tosquedades, a los ofuscamientos. No existen amores que permanezcan encendidos durante más de unos meses, hemos de tener el valor de alejarlos a tiempo para poner fin a nuestros males. Por eso te digo adiós. Pero sé que soy patoso y desmañado, y que no podré ni querré olvidar esas tus maneras tuyas. No podré borrarte de la memoria. Guardaré tu imagen y tu esencia como el más digno de mis secretos confundido de vez en cuanto en tristezas, y siempre, Luisa, siempre, créeme, profundamente enamorado de ti.

# SEGUIR A TERESA

No he venido a Madrid a contar mis andadas, sino a cumplir mi contrato con una editorial de Basilea, mi ciudad. No puedo, sin embargo, eludir el deber de dar testimonio, porque así ha de entenderse mejor, de los hechos que han alterado planes tan desmenuzados, y utilizar sin escrúpulos, porque la vida forma un todo inseparable, el mismo papel y la misma máquina que me han servido para escribir las páginas de mi indagación sobre mitos y hechizos hispánicos.

Es más de medianoche. Muy cerca de mí duerme una mujer medio vestida de cuya existencia no tenía noticias hace solo cuatro días. He sabido que se llama Teresa Pardo. Aunque pase la noche en vela quiero contar punto por punto lo que me ha traído hasta aquí, y así defender y exculpar los antojos y preferencias del deseo, tan ajenos a las razones y sinrazones de la voluntad.

Mis ocupaciones de los últimos tres meses no han ido más allá de siete horas diarias de Biblioteca Nacional y alguna charla trivial con sus empleados, paseos rutinarios por el cer-

cano parque del Retiro, tres cartas a mi mujer, algunos saludos al portero y largas tardes frente a la máquina de escribir. He alterado sólo el último proyecto: el tren de regreso. Y no me creía capaz de suprimirlo ni de sustituirlo por la intención inapelable de seguir junto a Teresa.

A las siete y treinta del pasado sábado, como otras tardes, salí a pasear. Iba de mi casa al Retiro. Por la gran avenida subían cinco filas de coches hacia la glorieta de Atocha. Durante tres meses no he tenido oportunidad de pronunciar más palabras que las que he querido dirigirme a mí mismo, y he sentido con dolor el tormento callado de no poder decir a alguien qué calor hace hoy, qué avanzada va la investigación, qué buen momento para descansar, qué poco tiempo me queda para volver a Basilea, qué mal dormí el jueves o, sencillamente, qué tal va esa vida... Y en todo eso iba pensando en mi paseo rutinario. Las terrazas de las cafeterías de Atocha estaban preparadas, las sillas y mesas en orden, el suelo sucio, el aire denso, pegajoso, la tarde parda. Nada me hizo sospechar, y nadie lo hubiera hecho, que la joven y desconocida mujer con aire intrépido que cruzó a mi lado la calle Atocha iba a estar dos días después junto a mí, medio vestida, en mi despoblado estudio. ¡Nunca entenderé cómo el azar, arrogante y garboso, puede cambiar tan de repente las vidas!

No tengo costumbre de mirar el rostro de las personas que pasan a mi lado. A veces, cuando no está en riesgo la indiscreción, miro las caras que encuentro por la calle para confirmar una teoría que hasta ahora solo había guardado para mí: la mayoría de los humanos somos esencialmente feos y este hecho permite el lucimiento de los más afortuna-

dos. La chica sin nombre tenía ciertos modos y formas, y algunas habilidades sobre cuyos significados nunca me he atrevido a opinar. Subía, como yo, por el Paseo del Prado, unos pasos por delante. Atardecía. Carteles de propaganda electoral, unos encima de otros, en las farolas y en los muros. Algunos hombres la miraban con desordenado afán, incluso con frases audaces que yo no podía oír. Fui descubriendo un cuello espigado y balanceante, unos cabellos medio recogidos y medio claros, y una mano que, lenta y perezosa, se alternaba al ritmo del paso. La camisa se derrumbaba ancha sobre las caderas y el pantalón cubría los cortos tacones de los zapatos.

No he conocido más derroteros de intimidad que los de mi mujer, y aunque muchas veces contribuya junto con mis amigos a señalar y destacar el atractivo de las que por méritos propios lo merecen, nada de aquello tenía que ver con lo que, sin proponérmelo, estaba siendo una persecución en regla. Sentía, es verdad, algo más que una complacencia en seguir allí, en continuar el camino de mi paseo que se había convertido imprevisiblemente en el suyo, en el de ella, pero que podía acabar en cualquier esquina, aunque cada vez deseara menos perderla de vista.

Y pasamos así por Neptuno, por Cibeles, y llegamos a la calle Alcalá, uno tras otro, hacia la Gran Vía, donde sucedió un hecho imprevisible. Ella se detuvo en un escaparate y por primera vez pude descubrir con claridad su perfil, aproximarme a él cada vez más y, por ser elegante y por no dejar constancia de la indiscreción, me adelanté a ella. Estaba siendo víctima de un indómito deseo, lo confieso, que me

había llevado a modificar por vez primera mis planes en la ciudad.

El paso de perseguidor a perseguido exigía una enorme discreción. Una mirada indiscreta hacia atrás hubiera podido delatarme. Un abandono de la persecución, sin embargo, que desde Cibeles ya era voluntaria, podía suponer el final de la divertida y emocionante aventura. Y como no supe evitarlo me encontré con su mirada clavada en la mía y un gesto de simpatía, el primero que me regalaba esta despiadada ciudad: una sonrisa discreta y enmascarada. Por primera vez en tres meses me alejé de ese agudo malestar de encontrarme a la vez entre la gente y sin la gente. Y supe que sí, que quería seguir allí, continuar el juego, participar en una experiencia atrevida. Y me detuve en el escaparate siguiente y miré sesgado su reacción. Y ella, fría, desinteresada, irónica, me adelantó de nuevo y volvió a detenerse otra vez para poner luz a cualquier duda. Desde entonces mis pasos y los suyos fueron alternándose entre los árboles, entre los quioscos de prensa, entre los escaparates, entre las parejas de enamorados, entre los grupos de amigos, entre los jóvenes que paseaban alocados, y en algún momento estuvimos tan cerca que los dos, ella y yo, aumentamos voluntariamente la distancia que habíamos convenido y aceptado. Solo la mirada furtiva sirvió, ya en los últimos tramos, para asegurarnos de que seguíamos juntos entre la turba, corriendo de un lado a otro por la Gran Vía. Y cuando menos lo hubiera esperado, la mujer, con los ojos entornados, encogida de hombros y desde el otro lado de la calle Fuencarral, al pie del edificio de la Telefónica, me

dedicó un gesto de despedida. Un hombre la cogió por los brazos y la besó en las mejillas. El juego había terminado.

Hubiera querido, para acabar con aquello, poder excusar ante alguien un comportamiento tan reprobable y tuve que huir sin tener oportunidad de hacerlo. Con la cabeza recta, con el gesto serio, con la mirada en el vacío y con el propósito de dar por terminado el descomedido incidente, eché a andar sin rumbo. No es difícil refugiarse en el centro de una gran ciudad. Cuando la densidad de personas se hace mayor, crece el anonimato. Con la animación y el estrépito todo fue entrando en el saco del olvido excepto cierto recelo y algo de contenida rabia. Algunas veces ha estado entre mis previsiones, y luego acciones, cenar en la Plaza Mayor. Terminado el juego debía ocupar el nuevo vacío con otros planes y aquel y la planeada visita a Segovia al día siguiente, tantas veces aplazada, intentaron ocultar al hombre ridículo que llevo dentro. Del centro de la plaza, a la que había llegado ensimismado, surgía un prudente y variado bullicio. Solo miraba al vacío desde la silla y la mesa solitaria, otra vez, en la que estaba dispuesto a tomar cualquier cosa mientras llegaba la convencional hora del regreso a casa. Pero no había terminado todo porque poco más allá no sé si vi al mirar (porque ya no quería ver nada) o si vi sin querer (porque eso también ocurre) a la misma mujer y al mismo hombre de la Gran Vía. Estaban impunemente sentados en la mesa más cercana a la mía. Teresa hablaba con su acompañante como si la cercanía de sus hombros a los míos no fuera más que una de esas extrañas coincidencias de la vecindad callejera. Tuve que bajar la cabeza para que sus dulces y conmovidas sonrisas y sus

temerarias miradas no delataran mi rubor. La recuperación de las emociones y la ingobernabilidad de mi voluntad me hizo sospechar que todo lo que pudiera ocurrir a partir de entonces caía en el ámbito turbador de lo imprevisible.

Me levanté de la cena convencido de que había de llevar tras de mí a la mujer. Y como no supe iniciar algo distinto a lo calculado paré un taxi en la plaza de Santa Cruz. Desde el interior vi cómo ella también miraba, a unos veinte metros, con un gesto de complicidad y cogida del brazo de aquel desconocido y enigmático hombre que tan lejano y ajeno había de estar al insólito desafío.

Al día siguiente no fui a Segovia. Ya no importaba alterar los planes. Me levanté, eso sí, a la hora prevista, pero mis pasos me condujeron por un instinto natural a la misma esquina de la plaza Santa Cruz, al lugar exacto en que un ademán secuaz me había separado de ella.

A la inseguridad siguió la certeza, pues si mi única y silenciosa amiga de Madrid tenía la intención, que sí la tenía, de dar continuidad a nuestro juego, aquel era también el único lugar de la ciudad que podía facilitarla. Y la vi llegar, sí. Y la sentí también por todo el cuerpo, hasta en un tímido temblor de piernas. Subía por la calle Esparteros con todo su encanto y cuando supo que ya la había visto se volvió con decisión sobre sus pasos y entró en una cafetería. Despuntaba la perezosa mañana de un domingo en la ciudad. Aquel favorable lugar para iniciar la charla (primer paso, creía yo, de un día excepcional) no era más que el señalado para confirmar el acuerdo que habíamos alcanzado sin querer: mantener la

conciencia de estar juntos desde la distancia, porque solo así mos de ganar seguridad.

Teresa actuaba con la destreza de quien da por normal una situación poco evidente, y yo me atreví a saludarla de la única manera que sé hacer, que no es más que la utilizada durante tres meses con la señorita del registro de la biblioteca. Ella lo agradeció con un gesto que no me gustaría olvidar nunca.

La seguí donde quiso llevarme con el deseo de que aquellas horas, con apariencia de instantes, fueran eternas. Y paseamos primero por las calles del Rastro. Teresa vigilaba mis pasos y me dejó tiempo para comprar una vieja guía de Madrid, en inglés, y para regalarle una rosa con la ayuda de la vendedora ambulante: «Es para aquella señorita que nos mira», le dije. Y la mujer le dio la flor y ella a mí las gracias, desde lejos, sin palabras. Estuvimos, porque ella me llevó, en el Palacio Real, y ni el guía, ni el grupo de turistas, supieron que aquella mujer de rasgos estilados, de mirada lánguida y rostro de mil expresiones me acompañaba a mí. Ella compró dos entradas y dejó una con fingido desaire en el mostrador, sin

mirarla, sin mirarme, segura de que yo iba a pasar a recogerla. A la salida, en la Plaza de Oriente, tomamos el aperitivo a la sombra de un rincón, en mesas distintas. Sentirse acompañado y solo al mismo tiempo es la única sensación capaz de acercar mi endeble arrojo por los caminos de lo fortuito. Estaba sin estar con ella y sin haber hablado, hablaba, y sin querer verla, la miraba y sin haberla oído la sentía.

El siguiente paseo me llevó hasta la puerta de un viejo edificio de la calle del Pez. La vi, incrédulo, desaparecer por las escaleras como si aquello hubiera estado previsto desde la hechizada cita de la plaza de Santa Cruz. Entre los nombres de los buzones del portal del edificio (al que no fui invitado a subir) solo había uno de mujer: Teresa Pardo.

En la ceremonia de la confusión una despedida sin palabras había de ser tan sensata como todo lo demás, pero no era capaz de razonarlo. Por eso, rendido a lo que ya consideraba evidente, agradablemente satisfecho y, al mismo tiempo, con sentimiento de perdedor, tomé el camino de regreso a casa.

Mi estudio de la calle Delicias estaba menos triste. El armario, listo para vaciar su contenido. Las maletas abiertas para la siguiente etapa. Me agradó dar por buenos los silenciosos incidentes con que la ciudad me había agasajado en mi despedida. Y así, en el ambiente de los adioses, iba pasando la tarde del domingo, las horas, los últimos minutos, mientras hilaba unos pensamientos con otros, mientras organizaba los pasos por donde tan sin sentido había pasado, mientras razonaba con cordura, mientras hacía que todo pudiera encajar, mientras analizaba con lógica estricta, con la sensatez de

los acontecimientos que necesariamente siguen a otros, el hueco que faltaba. El resultado del análisis confirmó la evidencia. Por eso, en la casilla vacía, que era la última del razonamiento, mi amiga tenía que estar cerca, muy cerca, a muy pocos pasos de mí. Bajé temblando al portal. En la calle me encontré sesgado por su mirada: «¡Teresa!», me atreví a decir. «Sí», contestó. Era la primera palabra que le oía pronunciar.

Hemos pasado tres relajados días de eterna memoria. Está aquí, frente a mí. Ya acepto mi atrevimiento y la gracia con que he perdido la timidez y la presencia, en mi detestable aposento, de una mujer dormida y desnuda. Ya no estoy extrañado de la serie de pasos que me han llevado hasta aquí, del vacío en que ha de estar mi familia en Basilea, del desairado billete del tren. No, nada es comparable a lo que siento por ella, a la fuerza que me impide separarme de ella y eso aunque hace unas horas (y me ha roto las entrañas pero no me hará cambiar), antes de dormirse, Teresa, con una naturalidad que he creído sensata, me haya pedido, como corresponde a su oficio, sus legítimos honorarios.

# TAN LEJANAMENTE CERCA

Quiero decirte, Celia, que la despedida de hoy ha sido tan inesperada como fría. Todas las parejas dejan de verse un día, el que había de quedar reservado a la sombra blanca de la muerte. Así lo pensé cuando acordamos vivir juntos y lo seguí temiendo tantas veces después. Nada ni nadie había de separarnos por otros motivos.

Y se ha hecho tan grande la distancia que no me parece que la Celia que he dejado de ver esta mañana pueda ser la misma que conocí aquella tarde de agosto en una ciudad sureña y que también iba a dar un vuelco a mi vida. Entre esos dos momentos, Celia, hay veintisiete años y unos meses. No sé si arrepentirme de todo o no lamentar nada. Un modo de ser se desmorona si quitas algunas partes. No podemos ser por partes. O todo o nada. Si tal o cual situación hubiera sido otra, o si hubiéramos callado o dicho tal o cual cosa a tiempo, o sido capaces de asimilar mejor las inconveniencias, habría que construir otro entramado de razones y desafueros.

Nuestras vidas, la vida de cualquiera, son el resultado de un montón de decisiones, de sucesiones de maneras y otros ademanes y gestos en los que vamos dejando la impronta de nuestro sesgo. Ese es el problema, Celia, tomar decisiones. Sólo los pusilánimes no cometen errores.

Durante mucho tiempo decidiste por mí los pequeños asuntos, y también los mayores. Me ponías en hora el despertador, ajustabas el volumen de la radio del baño, dosificabas el café y la tostadas, elegías mi ropa, mis perfumes, la marca de la pasta de dientes y el tipo de cepillo, lo que debía evitar en las comidas, lo prohibido en las bebidas, los programas de televisión, los lugares y duración de los paseos, los amigos que habíamos de frecuentar y los que no, la hora de acostarse, la actividad de los fines de semana, los viajes de vacaciones y la situación y habitaciones de los apartamentos de la playa según quisieras o no que pasaran tus padres unos días con nosotros. Así fue desde el principio y ha sido hasta la tarde de ayer.

Cuando miro sin ira hacia atrás sospecho que he de recordar estos años con cariñosa nostalgia. Y cuando los miro con ira, descubro sobrecogido que ni rabia ni enojo me inspiran. De la noche a la mañana te quedas con alguien cara a cara en todos los momentos del día, y has de decidir si dejas o no las puertas abiertas, si te prestas o no a todo lo que el otro sugiere, si quieres o no regocijarte con lo que siente el otro

mientras ahondas en el cuerpo del otro, en su mente, en todo lo que el otro es. El cariño lima asperezas y sinsabores, Celia, mantiene las esperanzas. Cuando falta el cariño, más vale dejarlo todo.

Tuvimos tanto placer en conocernos como desprecio hemos tenido esta mañana. Y hemos pasado por otros momentos que podrían haber sido el final y no lo fueron porque faltó romper ese endeble hilo que mantenía los vínculos.

La primera tribulación tuvo lugar a los pocos días de conocernos, cuando tuve que faltar a la cita y a ti no te importó galantear con el primero en solicitarlo. Eso era lo que me fastidiaba, Celia, que no fueras selectiva. Ni siquiera lo fuiste conmigo. Lo nuestro no fue un flechazo porque estabas dispuesta a decirle que sí al primero que llegara, y ese fui yo. Querías una digna figura de hombre a tu lado, no un pensamiento, ni una conducta, sin más pretensión que pasear junto a un semejante del sexo opuesto que se ajustara a las proporciones exigidas por tu estética. Lo solicitaste aquel año como unos años antes habías querido la falda más atrevida, la pulsera más estimable o la muñeca más airosa. Necesitabas un acompañante que llenara ese vacío que todos llevamos al lado, a juego con tus seductores vestidos, con el irresistible azul de tus ojos, con el realce de los tacones de tus zapatos, con la textura y ligazón de tus finos e inmaculados gestos seductores. Y topaste conmigo, pero te hubiera dado igual topar con otro. Había muchos que podían servir. Me habrías cambiado sin reparos por cualquier competidor si no hubiera tomado mis precauciones. Y me hiciste sufrir hasta el final con el tipo aquel por el que provisionalmente me susti-

tuiste y que no tenía nada de sugestivo, recuérdalo, y que por fortuna no puso mientes en lo fácil que hubiera sido competir conmigo.

Pero no creas, Celia, no cambiaría por nada los tres años que precedieron la boda. Nada de lo que he vivido después o de lo que podré vivir nunca ha de igualarlos siquiera. Nadie, créeme, sería capaz de hacerme tan feliz.

Luego vino la segunda prueba, el duro tormento con Elsa Jiménez. ¿Cuántos mortales habrían soportado la tentación, la fascinante comedia? ¿Recuerdas que Elsa no quiso ceder ni un solo milímetro en su privilegiado puesto de "tu mejor amiga"? Ni siquiera lo hizo años después de casados, y no cesó hasta después de encontrar a quien habría de dar apellido a su único hijo, porque el nombre ya se lo habíamos sugerido nosotros al dárselo al nuestro. Fuimos su modelo, y mucho más que su modelo. Durante los primeros años Elsa fue parte de nosotros mismos y continuó siendo amiga íntima sin contar conmigo, o como si yo fuera parte de ti misma y no persona distinta. Tú y yo, uno solo, o mejor dicho, yo imbuido en ti, reflejado a través de ti. Por eso Elsa te contaba sin respetar mis oídos sus experiencias amorosas, y las ilustraba con detalles inequívocos y minuciosos que fotografiaban la iniciación, la frecuencia, la entrega y hasta la conclusión. Ahí quedaron sus primeros roces con el compañero de trabajo, sus deseos y sensaciones, su irresistible apego. Conozco mejor sus inicios que los tuyos, Celia, que nunca has querido detallarlos. Recuerda también que los primeros años organizábamos vacaciones a tres, y que, escasos de recursos, compartíamos la misma habitación en los hoteles con una

cama de matrimonio y otra simple, y que ni Elsa ni tú observabais el menor recato o pudor al vestir o desvestir vuestros lozanos cuerpos, y mostrar u ocultar vuestras vergüenzas o desvergüenzas ni yo ponía reparos en que así lo hicierais, ni vosotras por mostrar con orgullo los atributos que Dios había otorgado a manos llenas. Y hablabais de vuestras cositas, de gustos y disgustos, de apetencias y goces, de ritmos y usos como si yo fuera estatua, piedra o nada... Y jugabais a ocupar las dos la cama doble para ver mis reacciones en la simple, y ya sabes cómo guardé las distancias y me contuve como un sanjosé absorto y selectivo ante aquellos duplicados encantos. Elsa no estaba dispuesta a ceder de su amiga ni un minuto de los que consideraba propios por haberte conocido antes que yo. Y no tuve inconveniente en vivir con las dos, y tú te vanagloriabas, con elegante estilo, eso sí, ante tu amiga, de tenerme rendido a tus pies. Y nunca supe bien cómo tenía que comportarme ante tantos requiebros y barruntos. Y me conformé con uno solo, teniendo por testigo al otro cuerpo, un otro deseado, un otro que contempla, fiel amiga de una amiga que se va, y que quiere ver de cerca todos y cada uno de los instantes de la despedida.

Si se hubiera presentado la ocasión, si en algún momento o por cualquier razón hubieses desaparecido, si Elsa Jiménez hubiera querido traspasar la frágil frontera o quebrar con cualquier otro gesto mis comedimientos, estos veintisiete años, Celia, una vez más, no hubieran existido. Hubieran sido otros, distintos, más o menos ajados por los fantasmas de nosotros mismos que son los que traban la convivencia. Tan-

tas veces traje a la memoria el lozano cuerpo de Elsa y sus maneras que llegué a idealizarlo en mis voluptuosos sueños como el más perfecto del mundo. Todo lo que no se tiene y puede desearse acaba por convertirse en ideal. Elsa acabó por no ser cualquier mujer, compréndelo, sino la íntima conciencia de mi conciencia amiga, casi una parte de ti misma. El resto lo añadió una ocasión favorable. No cualquier ocasión, sino una situación de ausencias y coincidencias que nadie había propiciado y que había de llevar a satisfacción plena un deseo tan inequívocamente alimentado. Y quedó así roto el maleficio. Aquel inesperado encuentro fue el fin del mito. Llevábamos varios años casados y era la primera vez que incumplía las reglas. Les perdí el respeto porque después de todo nos queremos por las mismas razones que nos despreciamos, Celia, porque convivimos, y el llevarse bien o mal, el desearse con una fuerza u otra es una regla de convivencia. Después de aquel primer y único encuentro con Elsa vi el mundo con más libertad. No fue quiebra en nuestra vida de pareja, sino afianzamiento. Elsa y yo, al fin y al cabo, solo habíamos dado rienda suelta a nuestro ancestral parentesco y como no éramos ni hermanos ni primos, habíamos actuado por unas horas como lo único que hubiéramos podido ser: hombre y mujer. Y ahí acabó. Y todos tan contentos. Y como no creo que estas líneas lleguen nunca a tus manos, Celia, lo escribo todo ahora que estamos tan distantes y que las heridas son tan incurables que habrán de acompañarnos hasta nuestras tumbas.

Por entonces vivíamos una época fría, sin rupturas, es verdad, pero yerma y sin gracia. Siempre he creído que tu no

irías en busca de nada, pero que eres capaz de satisfacer tus deseos sin escrúpulos, y así como no reparas en comprar unas faldas por el placer de tenerlas aunque dispongas de un par de docenas, o que añades unos zapatos a tu colección aunque te haya contado alguna vez más pares que ocasiones para usarlos, o que seas insaciable cuando algún tipo de delicadeza comestible te chifla, por la misma razón no tendrías inconveniente en dar pábulo a los requiebros de cualquiera siempre que el solicitante tenga buen aspecto y exquisita educación, que son tus únicas exigencias. A lo demás no sabrías poner freno, ni siquiera tienes escrúpulos para prolongar tus placeres más allá de los límites.

La pareja estable, Celia, es una asociación práctica, pero pesada, espinosa, monótona, exigente, algo cruel y capaz de limitar tantos asuntos como posibilidades abre. Si he envidiado a mis amigos solitarios ha sido porque aunque sus vidas no siempre son intensas, todos los días tienen la posibilidad de serlo. Las nuestras no. Están limitadas por estúpidas exigencias. Si me propongo pasar una buena tarde con unos amigos, tengo que contar contigo y generalmente mostrarás tus recelos con los elegidos. Si decido irme solo, siempre tengo un límite. Si decidimos viajar juntos estamos condicionados por el débil caudal de nuestras conversaciones.

Hace mucho que no nos divertimos juntos, que necesitamos de alguien para estar cómodos. Ya no tenemos nada que hacer ni que decir. ¿Sabes desde cuando no hemos salido a otro sitio que no sean los paseos por tiendas para comprar cosas innecesarias? Los últimos buenos ratos fueron aquellos dedicados a la decoración del salón, a preparar una cena o a

cuidar el jardín. Eso y la contemplación de nuestros hijos, los acuerdos tácitos por gozar con sus logros y luchar con ellos en sus infortunios mantuvo vivo nuestro hogar con la fuerza que la naturaleza impone para no transgredir su afán de perpetuidad. Los últimos años solo existieron por ellos y para ellos mientras nos sentíamos incapaces de añadir algo de sal y pimienta a nuestras vidas, algo que no fuera discutir en qué habíamos de gastar el dinero. Todo lo demás carecía de secretos: nada nuevo sobre nosotros mismos o sobre lo que íbamos a hacer o a decir. Hemos visto mientras tanto languidecer nuestros cuerpos, que ya en nada se parecen a aquellos que conocieron y compartieron nuestros sudores, y saborearon nuestras jóvenes audacias al calor del mediodía en una ciudad mediterránea.

Por entonces, me refiero a aquella época gris en que se agotaron los recursos, yo prefería estar en el laboratorio y no en casa, y los días laborables a los festivos, y las horas extras a las aburridas tardes frente a la televisión, y las bajas horas del ocaso de los domingos a las cenas con nuestros amigos, y, lo que es más grave, los meses de trabajo a los de vacaciones. Y cuando pienso por qué se apoderó de mí esa voluntad tan contradictoria, descubro que tú por entonces, convertida en ama de casa, solo me hablabas para pedir soluciones a los problemas o para contarme los chismes de algún pariente o ponerme en algún aprieto económico frente a algún gasto que aún no habías decidido hacer, pero estabas dispuesta a acabar con mi paciencia a fuerza de súplicas hasta conseguir tus inequívocos objetivos. “¡Ojalá cuando vuelva ya lo haya olvidado!” — pensaba yo continuamente —. Y otros días de-

seaba encontrar cualquier excusa para evitar ese agobio doméstico apegado a la reflexión sobre qué hacía falta comprar, sustituir o reparar.

Aquello facilitó que aceptara el puesto de jefe del laboratorio. Yo era el menos interesado de la plantilla en volver a casa pronto, y también el más interesado en liberar las horas de entrada y salida, y yo creo que me habían oído más de una queja sobre los sinsabores del hogar. Cuando lo supiste, te pareció un medio de mitigar mis aburrimientos vespertinos. Lo del aumento salarial era un bien que, aunque no había de cambiar nuestro modo de vida, nunca se puso en entredicho.

Y poco a poco empecé a refugiarme en mí mismo y mis asuntillos, aunque una inercia familiar me llevara a aceptar sin escrúpulos las invitaciones de parientes y amigos encaminadas al goce y pecado público de la gula en cenas interminables cargadas de chascarrillos y frases de pretendido ingenio impulsadas hacia una risa forzada y carentes del menor destello humano o solidario. Y hemos vivido muchos años acostumbrados sin miedo a pantagruélicas comidas de manjares exquisitos, a viajes gastronómicos y un poquito culturales con amigos tan cursis y amanerados como nosotros, que aceptan hablar de los cuatro principios de la vida sin entrar en detalles que vulneren la cómoda existencia.

Antes de tener tiempo para pensarlo uno toma decisiones, Celia, aunque no quiera. No tenía prisa por volver a casa. Sólo cuando me llamabas por teléfono reparaba en la realidad, la de ser el responsable de tus exigencias: la de ir al dietista para recuperar la estética perdida sin renunciar a ningu-

na de esas cenas degustación, la de facilitar los pedidos de cosméticos a Francia porque los de aquí carecen de propiedades, la de preguntarme por mis gustos sobre los esmaltes para tus uñas, o la de insistir en la necesidad de pasar las vacaciones de carnaval en Tenerife. ¡Cómo había cambiado todo! Cuando yo solo era el último ayudante del laboratorio y aún no nos habíamos instalado en la bonanza actual comprábamos y viajábamos menos, sentíamos mucho más el paso de las horas, la intensidad de las tardes, el goce de los paseos... Ya sabes, Celia, que me casé convencido de haberlo hecho con la mejor mujer del mundo. Cualquier otra estética de belleza me parecía irregular, cualquier otro modo de comportamiento menos atrayente. Habría apostado lo que fuera para decir que tú eras la mujer diez, pero eso de la convivencia tiene pocas soluciones. Estuve convencido de ser el hombre más feliz del mundo, y luego los años fueron apagando el furor.

Una irreflexiva tendencia me hacía alargar cada vez más las horas en el laboratorio. No tenía nada que justificarte. Ya sabías tú que la dedicación incondicional había sido el compromiso. Me alejé del hogar. Mi puesto de Jefe resultó ser un regalo porque allí no había nada que hacer además de estar físicamente al caprichoso servicio de un departamento anárquico y poco exigente. A los pocos días empecé a llevarme pequeños asuntillos domésticos para entretenerme. Por entonces habíamos perdido todo el interés por hablar de nosotros mismos.

Por entonces dejé de usar reloj. Me lo quitaba de la muñeca, y poco a poco lo fui desechando hasta dejarlo para

siempre en el cajón. Para mi cumpleaños me regalaste uno porque me habías oído alguna vez preguntar la hora. No pude reprocharte un gesto tan social, aunque no emotivo, y hube de mostrar hipócritamente mi agrado mientras esperaba el momento de recordarte que ya tenía reloj y que ni siquiera este segundo tenía la intención de ponérmelo. Me costaba tanto decirte algo que pudiera parecer un reproche, te los tomabas tan a mal que lo fui olvidando, y guardé el nuevo al lado del viejo. Un año después recibí el tercer reloj. Pensaste que se habría vuelto a romper, y como te chiflan los relojes, los zapatos y el barniz de uñas no tuviste inconveniente comprar uno más. Tuve que decírtelo, que no tenía intención de llevar reloj, que me molestaba, que ya tenía tres en el laboratorio, y que menos mal que había gente a quien podía yo, a su vez, regalárselos. Una vez claro el fracaso en el intento de hacer coincidir mis apetencias con las tuyas, dejaste de interesarte por ellas. Algo parecido pasaba con los cosméticos que encargabas a París. Pensaste que habían de gustarme a mí tanto como a ti, y llenabas mi bolsa de aseo de cremas, frascos y jabones más o menos inservibles... Y a veces me los cambiabas sin siquiera haberlos abierto para ponerme otros distintos por si esos me gustaban más, sin darle importancia a que me hubiera interesado o no por los primeros.

Y mientras todo eso ocurría, refugiaba mi cobardía en mi trabajo. Allí, Celia, en ese emporio de las riquezas son tantos y tan frecuentes los beneficios que hay que inventar continuamente gastos, y uno de ellos fue poner a mi disposición ayudantes que no tenían mucho que hacer, pero que se re-

partían por turnos mis exigentes horarios. Todo el comportamiento arisco que rasgaba la convivencia en casa, se tornaba en suaves gentilezas en el trabajo... no podía ser menos... mis compañeros no tenían tampoco nada que hacer y ocupaban sus turnos en pequeñas tareas. Agradecidos con la empresa y también conmigo porque todo empleado ve en sus jefes al poder, se prestaban a colaborar con mis propias investigaciones, que a su vez en nada interesaban al buen desarrollo del emporio, pero algo habría que hacer con aquel material y con aquellas horas.

Así estaban las cosas cuando aquel verano decidiste anticipar tus vacaciones en la playa. Al fin y al cabo yo solo iba a casa para dormir, y muchos días ni siquiera te despertaba mi llegada. Por entonces llegó al laboratorio una especialista inglesa recién graduada y recomendada por un importante señor de allí. No vino a mi departamento porque hiciera falta, sino porque no sabían donde sentarla. Y tuve entonces que dar más sentido a mis actividades. Y como no había nada que hacer, en vez de buscar nuevos y vacíos asuntos, que no estaba seguro de poderlos encontrar, tuve que suplir con gentilezas las carencias y fines de mi teórico puesto de responsable. A la caída del día, que cae muy tarde en verano, la llevé a alguna terraza de la ciudad. Antes de que pudiera advertirlo, que es como suceden las cosas, la recomendada y yo nos despertamos en su minúsculo apartamento. Aquello fue como lo nuestro, sí, pero una generación más tarde. Por entonces las cosas recuperaron su sentido, su razón de ser. Era una segunda e inesperada juventud.

A pesar de tus sospechas, azuzadas por algunos comentarios nacidos en algunas de esas cenas frívolas, ella se fue mucho antes de que cesaran tus intrigas. Y luego vino el incidente de la carta. Tenía que haber sido una carta de empresa, y lo era, y por eso la inglesa me la había enviado al laboratorio. Pero no quise archivarla con las de allí porque no parecía tan oficial como yo hubiese deseado que fuera para evitar conflictos. Sé que la cogiste porque desapareció de mi chaqueta. Tal vez esperabas que te preguntara por ella. Y como las palabras de aquellas líneas decían mucho más de lo que aparentaban, empezaste, lo sé, a tener celos. ¡Nunca te hubiera imaginado celosa...! Por primera vez se te escapaban los asuntos de mi vida porque habías alterado tu equilibrio, porque se esfumaba lo que hasta entonces habías tenido tan atado... La edad no perdona. Y no es que tú esperaras mucho de mí, sino que te habías acostumbrado a almacenar, a tener, a poseer. Habías sacado tu felicidad del interior para ponerla en los objetos que te rodean, en la colección de zapatos, en los muebles, en la casa de la playa, en los frascos franceses y toda la ropa que pudiera caber en los armarios y alguna más, y en un marido indeleble que inesperadamente empezó a flaquear como si un mueble antiguo hubiera sido atacado por las termitas.

Cuando supiste que la inglesa había vuelto, y únicamente aconsejada por tu afán de poseer, incluso de poseer en exclusiva, solo se te ocurrió contratar un detective que vigilara mis pasos. Lo supe porque necesitas contar tus cosas a alguien y porque no tienes amigas discretas. Creo que ni siquiera tienes amigas. Y no te lo mereces, porque las sabes

tratar muy bien. Para nuestro modo de vida no existen amigos, sino momentos de amistad. Elegiste a la más amable, sí, pero no a la más comedida. Ninguno de nuestros amigos se distingue por la discreción. Viven de eso.

Los detectives no son gente extraña, lo saben ellos, sino normales ciudadanos que se turnan para no ser descubiertos. En cuanto supe que alguna de las personas que me observaban tenía que ser él, no tuve problemas en trucar sus servicios. Al fin y al cabo ellos me espiaban con cargo a mi propio patrimonio.

La inglesa fue mi segunda amante, si es que puede llamarse a Elsa la primera, y he tenido dos más. Con ellas he encontrado el equilibro sin romper con los hábitos. Las amantes suplen el cariño que han agotado las esposas. Tener pareja clandestina, Celia, es, visto así, un estado necesario, y por suerte divertido. Es verdad que hace falta alimentar la regularidad, incrementar las precauciones, pero compensa, llena la vida de alicientes.

Y si tu no hubieras vivido tan pendiente de poseer, y si no hubieras deseado un marido en exclusiva, tampoco habrías seguido mis pasos, convertida en detective, hasta la cabina de teléfono, ni habrías oído mi conversación en un momento tan relajado en precauciones, ni habríamos asesinado el melancólico final de lo que fuimos, de lo que fuiste tú y no podrás dejar de ser nunca, la primera persona, Celia, la única, la número uno. No telefoneaba a la inglesa, no, lo de la inglesa terminó hace mucho.

# YA NO ABRE POR LAS TARDES

Me había cruzado con ella alguna vez y me resultaba simpática, dulce, atractiva, pero no cruzábamos más palabras que el saludo. Hace una semana, sin embargo, vino a verme. Quería delatar a un peligroso embaucador cuyo nombre no me atrevo a mencionar porque cualquiera de nosotros lo conoce.

T. M. dijo ser poseedora de la facultad de interpretar y leer, en circunstancias favorables, el pensamiento de los otros. Después de la segunda entrevista tuve que dar por buena su habilidad pues la experimentó conmigo, aunque sé que esas cosas ya la gente no se las cree. Nadie atribuye a mi adivina más inteligencia y ocupación que la de ordenar, prestar y reclamar libros de la Biblioteca Municipal. El viejo edificio es parte de las calles, se sabe que existe, incluso se ve, pero no es visto por nadie a pesar de que lo anuncia un enorme letrero y un cartel que señala el horario. Los vecinos creen que son los hijos de los otros quienes acuden, pero nadie la frecuenta.

En las tardes frías de invierno la luz que atraviesa la ventana del salón de lectura vacío hiere la oscuridad de la inacabada calle. En su interior, sin nada que hacer pero profundamente ocupada, pasaba el tiempo la empleada, mi visitante. La solitaria mujer no lee periódicos ni oye noticias, ignora, aunque lo sabe, que existe un presidente del Gobierno, un parlamento y una colección de normas legales. De todo eso se ocupa su marido). No viaja, ni va de compras, ni visita museos y exposiciones, ni ve películas, ni charla con las vecinas. Desdeña la mayoría de los actos de la vida social e ignora y desprecia buena parte de los libros que ocupan su privada biblioteca pública.

Teodora o Teresa se acopló a los escritores de siempre y descubrió aquel imperio desde su descansado cargo de bibliotecaria. Primero coqueteó con Kant, luego Platón, y añadió algo de Lulio, Paracelso y de los filósofos científicos, y antes de que la sinrazón dominara la lógica ya sabía ella que la muerte es tan necesaria como la vida, que los dinosaurios llegaron a ser más numerosos y duraderos que el género humano, que la inteligencia es una cosa rara que ha conseguido el hombre sin que aún se sepa si para bien o para mal, que la Tierra es el tercer planeta del sistema solar, que el Sol es una perdida estrella de la Vía Láctea abandonada incluso por sus vecinas, y que galaxias como la nuestra las hay a millones. Estaban tan claras y organizadas las ideas en su lúcida mente que nunca había experimentado el menor sentimiento de dolor, ni de odio, ni de miedo, ni de nada...

La historia de este barrio ha sido bruscamente alterada hace unos años. Constructores aconsejados por la codicia

descubrieron la zona olvidada de la ciudad y han alzado media docena de edificios. En pocos años los nuevos vecinos han agitado con sus costumbres la apacible vida de nuestras calles. Y fue uno de los recién llegados quien vio resplandecer en la oscuridad un destello de luz a través de la ventana de la biblioteca y entró en ella. T. M. no destaca por sus formas corpóreas de mujer joven, entre ordinarias y castizas, pero puede conmover las miradas atentas; no destaca por lo que se entiende por mujer simpática, aunque no se le ha oído a nadie decir una palabra que pueda enturbiar su intachable conducta; no destaca por su vida social, pero pocos le reprochan no haber dedicado el tiempo de cortesía que cualquier vecino haya requerido; no destaca por su gestión difusora de libros, aunque todos creen erróneamente que sí; no destaca por su elegancia, pero ya ha robado alguna mirada que luego ella se ha encargado de anular con gestos chabacanos y rústicos; no destaca por su inteligencia, porque nadie habla con ella de esos temas; no destaca por su vida marginada, pues frecuenta con moderación las fiestas, incluso los locales públicos; no destaca por su ensimismamiento, pues Juan el Poyastre, su marido, y ella, son personas íntegras y sociables; no destaca por la abundancia de sus bienes, ni por la originalidad, ni por la calidad de sus amigas (que no tiene), ni por la ejemplaridad de su familia. Ha organizado su vida para no tener que destacar nunca.

Calle provisionalmente desatendida de farolas. Luz de la rendija de la puerta barnizada. Nuevo vecino que pasaba por allí y que empuja la puerta. Era la primera vez en muchos años que alguien interrumpía las plácidas tardes de Tere Me-

daña (o Teodora Medina, como otros creen que se llama). Y allí fue, en aquellos momentos, cuando la inteligencia de la empleada tuvo su primera y definitiva herida, en solo tres segundos de error, de pérdida de integridad, suficientes para desenmascarar su increíble e intensa existencia: Teresa (o Teodora) Medaña (o Medina) no fue capaz de evitar, con gesto torpe y anodino, que el intruso descubriera los escondrijos de su intimidad, su dimensión apasionada, porque ya no esperaba que nadie abriera la puerta de su biblioteca. Desde entonces ha quedado magullada su existencia.

Otras tardes más pasó el inesperado visitante por la biblioteca para compartir palabras de amor con la bibliotecaria y fue entonces cuando Teresa, herida en las zonas vulnerables del sentimiento, pero capaz de leer la mente de cualquier persona por quien ella se sienta interesada, descubrió también, junto a la pasión irreprimible, las señales inequívocas del odio del entrometido. Si sólo escribiera aquí las iniciales del criminal y dijera que es un hombre público, e indicara en ámbito de su profesión, cualquier lector podría identificarlo. La atrocidad que encierra el personaje es espantosa en inmoralidad, carente de cualquier ética que no sea la de guardar una compostura engañosa ante la gente que lo adula, pues sus excesos vulneran las leyes naturales y las otras, y causan tal pavor que solo pensarlo me horroriza.

Teresa solicitó entrevistarse conmigo para que yo hiciera públicas las crueldades de su furtivo amante. Hemos pasado la bibliotecaria y yo varias tardes solitarias en plácidas charlas. Las dos últimas han tenido lugar muy lejos del barrio, en un hotel de las afueras, para evitar sospechas.

Ahora que me he preocupado por ella sé que ningún vecino recuerda cómo llegó aquí. Aunque los más antiguos, entre quienes me encuentro, creen identificar a sus progenitores, no nos ponemos de acuerdo en cuanto a su afiliación, ni siquiera en su nombre y apellido. Quienes creen conocerla le atribuyen familias distintas y hechos ambiguos que acaban en contradicciones y enredos sobre su pasado. De los datos recabados en los archivos municipales sólo hemos admitido y reconocido a Juan Carino, el Poyastre, como su legítimo esposo, hijo de Juan y Josefina, nacido y criado en la calle Vizconde Arlesson y actual conductor del camión de reparto de una importante empresa maderera.

Los hombres no somos tan distintos en inteligencia, aunque reconozco que algunos son un claro ejemplo de la idiotez, y lamento que me agrade decir esto. Aunque no es fácil descubrir las lesiones del entendimiento, en especial las propias, conozco a mucha gente que es sencillamente miserable, pero no estoy dispuesto a comentar esta opinión con nadie que no pertenezca al círculo de mis amistades más fieles. Nacemos con los mismos dones, y en los lances del vivir algunas vulnerables partes de la razón se ven magulladas y afloran así las diferencias. Por eso la genialidad crece y se desarrolla al azar, privilegiando a quien está en el momento preciso en el lugar preciso.

Con la suerte en contra, las zonas frágiles de la voluntad, desprotegidas ante ingenuidades y obstinaciones, tozudeces y atrevimientos, se lesionan, languidecen y mueren. Todos los días se malogran para siempre centenares de genios en sucesos anónimos. Lo que no sabe nadie, porque la ocultación es virtud de la sabiduría de los agraciados, es que los genios como T. M. existen. Lo sé y no puedo, ni quiero, demostrarlo, y tampoco mi confidente, para que nunca hablen de ellos los periódicos, ni quede inmortalizada en las enciclopedias.

Teresa Medina (o Teodora Medaña) ha vivido (aún estando entre todos) fuera de aquí. Y se ha mostrado interesada y conectada solo al universo que ella quiere observar desde su silencio. No ha tenido Medaña más mundo que el de menospreciar las querellas insignificantes de la cotidianidad. De las llamas encendidas en no sabe qué parte del cuerpo Teodora solo tenía noticias teóricas, las de los libros, hasta que ha sido lesionada por su cruel visitante en los primeros tres segundos de debilidad de sus treinta y seis vueltas alrededor del sol. Pero cuando ha leído la crueldad en el cerebro de su seductor, la responsabilidad de sus atroces actos (cuya magnitud ni siquiera me atrevo a pensar) vino a delatarlos y se encontró conmigo, con el Juez de Paz del distrito, y quiso que lanzara sobre el despreciable y poderoso enamorado el peso de la ley.

Y le he preguntado:

— ¿Con qué pruebas?

— Lo sé punto por punto me ha dicho. Puedo dar los detalles, he leído en su mente incluso lo que piensa hacer... Es

una atrocidad... Todo puede ser una atrocidad, Teresa le he contestado dando por válido el nombre que más me gusta.

— Hasta puede ser una atrocidad haber nacido, pero más vale pensar lo contrario. Si la única prueba que tienes es que has leído su pensamiento, te puedes olvidar del asunto. No hay nada que podamos hacer.

Teresa sabe ahora, después de sus dos descalabros (el amor por el intruso y el odio por sus intenciones) que la vida, caramba, la vida, es, además, un lío, la mar de intensa y cruel, y también de incomprensible y vibrante.

Estos días, al mezclar sus perfumes con los míos en lugares tan ajenos y exóticos a nuestro barrio, dice Teresa haber tenido su tercer «descalabro», que en el lenguaje que ella usa quiere decir alteración de su plácida vida solitaria. T. M. ya no abre la biblioteca por las tardes, para qué, no iba nadie...

# UN EXTRAÑO EN MI VIDA

No sé cómo dirigirme a él. No puedo mencionar su nombre. Se me ocurre llamarlo "un extraño en mi vida". Acabo de colgar el teléfono y estoy irritada. Tengo mil cosas que decirle y cuando me llama mis palabras se congelan en el pensamiento y me transformo en ser incapaz de articular algo más que algunos suspiros. ¡Qué idiota…! Intentaría decirle alguna de esas cosas tan claras y expresivas que tengo dentro, aunque sé que no podría hacerlo con la maestría que él lo hace. Con frecuencia tengo la impresión de que lo que escribo son tonterías. ¡Cuánto se reiría de mí alguien que leyera esto!

Hace ya nueve días que he dejado de verlo. Nos despedimos un lunes, en breves instantes, en el interior de su coche sin que nadie lo supiera, no, nadie lo debe saber. Allí nos dijimos adiós para siempre. Si los días volaban por entonces, ahora cada uno de ellos sin él me parece una eternidad. Hoy le he pedido que no me llame hasta el próximo lunes. Enseguida he empezado a contar las horas y los minutos que me separan del momento en que vuelva a oír su voz.

Todo en mí es pura contradicción. Sé que está muy lejos, pero siento su presencia. Sé que no tengo el mínimo derecho a pensar en él, pero no puedo vivir sin recordarlo. Sé que lo quiero sin control, pero si tanto lo quiero no debo alterar su existencia, su trabajo, su vida… no tengo derecho a hacerle el mínimo daño... ¿Significa eso que no debo hablarle…? Sé que debo desaparecer de su vida, convertirme en recuerdo agradable, en una amiga más... pero ¿cómo…? El deseo de acercarme es tan fuerte que estoy dispuesta a ir andando desde aquí hasta llegar extenuada al lugar donde lo conocí con el placer de sentir que cada paso, cada minúsculo paso me acerca más a él. ¡Qué placer tan grande sentir que me aproximo…! He calculado que en tres semanas podría estar a su lado… si aguanto la travesía… aunque solo sea para verlo unos minutos de vez en cuando.

Lo que me sorprende es que algo invisible nos une con un magnetismo inexplicable. Espero que me llame en cualquier momento, aunque sepa que no debemos hablarnos. Desde que abro los ojos pienso en él hasta que por la noche los cierra el sueño y el cansancio. Ahora sé que cuando me duele el corazón, que me duele, y mucho, es porque él también está pensando en mí. Las cosas no pueden seguir así. Hay que hacer algo para que vuelvan a su sitio, al lugar de donde jamás debieron moverse, pero siento con fuerza que no quiero que cambie nada.

Tendría que recobrar el juicio: “El amor se parece a don Quijote — dijo Benavente — cuando recobra el juicio está a punto de morir.” Es muy fácil, sí, pero falta algo: el deseo de recobrar el juicio. ¡Me siento tan feliz así de loca…!

Esto que me ha pasado me parece a veces exagerado, estúpido... un sueño. No entiendo nada… ¿Por qué me ha elegido entre tantas? No soy guapa… tampoco fea, ciertamente, ni inteligente… ni tonta... soy… No tengo ninguna de las cualidades que puedan distinguirme de otros millones de mujeres. No soy nada ni nadie. A veces le digo que todo es fruto de su imaginación, de su increíble sensibilidad. Leo aquella larga nota que me pasó en la despedida y no me creo que esté destinada a mí… ¿Será un error? Nadie me había dedicado palabras tan tiernas y afligidas, palabras tan delicadas y melancólicas, tan generosas, tan capaces de llegar a ese profundo y recoleto lugar de mi corazón… palabras de las que nunca pensé que pudiera ser algún días merecedora… si es que lo soy… o tal vez todo es un sueño.

Si alguien leyera estas reflexiones se reiría muchísimo. A fin de cuentas el caso podría no ser tan grave como parece. ¿Cómo dijo Plantón? Algo así como que la mayor declaración de amor es la que no se hace, el hombre que siente mucho, habla poco. Tenía razón el filósofo. Me pregunto qué quiero de él... ¿Qué puedo querer de él? Nada. Lo sé. Pero me encanta saber que me tiene reservado un rincón y que se acuerda de mí… ¿y nada más? Quiero saber que a muchos kilómetros tengo a alguien con quien contar en los momentos difíciles... ¿Qué momentos? ¿Cómo podría contar con él?

*

Han pasado diez días y no dejo de pensar en mi amigo clandestino. He obtenido el primer éxito en mi difícil tarea de reconstruir el mundo en que vivo: se ha ido de mis sueños. Ya no lo veo. Tengo un montón de problemas cotidianos que ocupan la mayor parte del día: la casa, el trabajo, mis padres, mi marido... Mi marido parece que ha cambiado mucho, o por lo menos se esfuerza por hacerlo. Ha regresado entusiasmado de lo que ha visto este verano. Le ha impresionado la playa y el mar, y sobre todo la gente que ha conocido. Está encantador. En otras épocas me sentiría feliz viéndolo así porque creo que no soy nada exigente en la vida, pero desde estas vacaciones estoy tan feliz con el cambio como desdichada con el recuerdo. Se pasa el día preguntándose por mi tristeza… y ha llegado a decirme: "Estás enamorada, ¿verdad?... ya se te pasará…" Tuve que inventar mil excusas para explicarle no sé qué y sí sé qué, cosas que lo distrajeran de su cabal acierto. Al fin y al cabo lo más importante es que todavía no me he muerto de tristeza pero podría suceder como no lo remedie alguien.

Para no abandonarme a los afligidos pensamientos trato de no estar sola. Cuando termino el trabajo, salgo a ver a mis amigas, a mis padres, al cine... intento llenar el día para huir

del sufrimiento. Espero con impaciencia que regresen mis hijos, será la mejor medicina para mí.

Estoy encantada con el poema que me ha enviado. Lo he leído mil veces y podría recitarlo de memoria. Me lo leo sin papel tantas cuantas veces quiero y me emociona. Parece como si estuviera escuchando su voz. Todavía no me creo que me lo haya dedicado a mí. No me lo merezco. Soy una persona normal y a lo mejor muy distinta de la imagen que se ha creado de mí. ¡Se lo agradezco tanto! Es la primera, y probablemente la última vez que alguien me dedica una poesía tan hermosa.

He elegido un rincón de mi casa donde trato de huir de los sentimientos. He decidido que ese es nuestro rincón, el de él y el mío, el rincón de la felicidad. He decidido que en mi rincón solo veo el bien, y no los conflictos. No hay por qué añadir sal a las heridas. Es inútil lamentarse describiendo tanto pesar. Más vale buscar un equilibro para seguir viviendo y mirar con optimismo el futuro. La vida, que es muy sabia, acabará por enterrar los problemas.

Recuerdo aquella foto que me hizo en la plaza de la Universidad. La tengo aquí. Tal vez se la enviaré. ¡Cambiaron tantas cosas en mi vida aquella tarde...! Me gustaría que la viera, aunque luego la quemarla o la destruyera. Sí. Quiero que la vea. Por entonces aún no sabíamos por donde iba a conducirnos el destino.

*

Ya han pasado trece días. Estoy mucho peor. El tiempo no ayuda. Por teléfono trato de decirle que estoy bien, pero me parece tampoco él se cree tan piadosa confidencia. Todo se me cae de las manos. En los últimos días he roto tres platos y una fuente. Si sigo así nos quedaremos sin vajilla. Como sabía que hoy no iba a llamarme, he estado hasta las tres en la calle, viendo a gente y dando vueltas. Me he ido con esas amigas que se reúnen en la cafetería para desayunar y hablar de la vida, de nuestros planes y problemas. Durante toda la mañana traté de parecer alegre, contaba chistes, historias de mis vacaciones, sin llegar a la principal. Luego pasamos por una tienda y compré una botella de vermut y nos fuimos a la casa de Marisa para continuar la tertulia. Hacía calor. A la vuelta me encontré sola. Se acabó la alegría. Que duro ha sido el contraste entre la soledad y lo que me había reído por la mañana. Ahora no encuentro sitio para colocarme, no sé qué hacer, todo me irrita. Ahora ni siquiera consigo estar bien en el rincón que había elegido para la felicidad.

Esta tarde vendrá Esther a contarme sus problemas. Se divorcia. Está pasando un periodo muy difícil. Necesita apoyo pero si ella supiera el que yo necesito y ni siquiera puedo transmitirle la menor idea. También empieza a molestarme la asiduidad de sus visitas y las veces que me ha contado que ha sorprendido a su marido con una chica de veintidós años... ¡Qué golfo...! ¡Cómo le está haciendo sufrir...! Si tuviera la prudencia de ocultarse para no hacerle daño... Su marido… Si Esther supiera lo que yo sé de su marido y que tampoco lo puedo contar ni le podría contar nunca… Si supiera que su

marido, como un tenorio, se acercaba a todas y que me incluyó entre sus víctimas… si supiera…

Se están repartiendo los bienes... que si este mueble para ti... que si ese para mí... Repite sin darse cuenta las mismas cosas y no sabe hablar nada más que de su terrible dolor… y yo que silencio el mío… Fumamos unos cigarrillos, tomamos café, y cuanto nota que ya estoy harta de oírla, se va. Me da lástima, pero no puedo hacer nada por ella. Al contrario, si le contara lo que sé podría hundirla mucho más. Me gustaría poder compartir con ella mi amargura, pero no, tengo que guardarla, almacenarla para mí misma…

No entiendo que Esther tuviera un comportamiento tan arrogante hacia mí cuando las cosas le iban bien y que ahora, sin que yo me haya presentado como candidata, me elija como su mejor amiga y confidente. Al mismo tiempo tengo que evitar que descubra, que no lo va a hacer porque solo es capaz de mirarse a sí misma, todo lo que corre por mi cabeza... y guardo mis cosas para mí... si supiera que no me agrada nada escuchar las separaciones de los otros... ¡Qué egoísta soy!

Cuando estoy sola en casa, cuando estoy en el despacho de la biblioteca, en la calle, dondequiera que sea, mis pensamientos siempre me llevan irremisiblemente al “extraño en mi vida”. Mi único deseo y mayor felicidad sería poner mi cabeza en su pecho y escuchar los latidos de su corazón durante horas y horas... Son tan pocas las cosas que hacen falta para ser felices... y tan simples y tan imposibles... ¡qué injusto es el mundo! Pero ya no podemos corregirlo... Anochece. Termina el día trece de septiembre. Espero de mañana algo

más feliz. Y mientras tanto me repito como un conjuro sus palabras: “No hay ninguna razón para crear una tragedia de lo que ha pasado.” Pero el corazón no quiere entenderlo. ¡Qué idiota es ese corazón! Espero que con el tiempo gane en inteligencia.

*

Hoy es sábado, el tercero del mes. Tendré que pedirle perdón por la histeria que acabo de mostrarle por teléfono. Toda la impresión de calma que le había transmitido era falsa, pero él no tenía que saberlo. Quiero que viva tranquilamente, que no se preocupe por mí. Por eso no lo llamo nunca. De esa pequeña explosión de emociones son responsables dos días de soledad en casa por haberme resfriado. La soledad es mi peor enemigo. Solo cuando estoy en medio de la gente consigo deshacerme del tormento de esos tristes pensamientos. Otra medicina es el trabajo físico. Con el intelectual no soy capaz de hacer nada. También se me ha agotado. Por eso he limpiado, lavado y planchado todo lo que podía limpiar lavar y planchar…. Y luego me quedé indefensa ante la obsesión... Me gustaría pedirle perdón. Me gustaría decirle que procuraré dominar mis sentimientos de hoy en adelante. Tendría que agradecerle su llamada de ayer. Me salvó. Supo encontrar las palabras más simples y necesarias ahora para mí, y sin embargo son sencillas: “Siempre pienso en ti. Te quiero.” No tenía que decir nada más. Me basta para que me ahoguen lágrimas de felicidad.

Mi marido sigue siendo de una amabilidad extrema. Su cordialidad despierta enormes remordimientos. Quiere sacarme de mi tristeza, que él ve como una de mis depresiones. Podrá hacer muy poco. Queda la última medicina. Mis hijos vuelven el próximo domingo. Mi dedicación a ellos sí puede salvarme.

El pasado viernes recibí una llamada hacia las dos de la tarde. Después lloré durante un cuarto de hora. Luego me lavé. Con la nariz roja y los ojos hinchados y también rojos, y así de elegante, me puse a preparar la comida: puré de patatas, albóndigas y verduras estofadas. Pero mi torpe Juan no vino a comer. Lo estuve esperando y no llegaba. Llamó a las cuatro de la tarde. Había tenido algunos problemas, me dijo. Ya me imaginaba yo a cuáles se refería. Encendí la televisión. Vi una estúpida película de amor. A las cinco me vestí y salí a dar un paseo por el parque. A las ocho ya estaba en casa. Juan no había llegado aún. Llamó Esther para explicarme las golferías de su díscolo marido. Quería verme otra vez. Le encanta degustar conmigo un café que y repetirme lo de siempre. Estaba muy nerviosa. Sonreía, pero luego, inesperadamente, rompía a llorar. Quería contarme que al fin se había divorciado, que él se fue para siempre. Dice que se siente más tranquila y feliz, pero sus ojos muestran lo contrario... Que Dios le ayude a empezar una nueva vida.

Hasta las nueve y media no regresó quien había estado todo el día esperando. Hablamos un poquito de la jornada. Noté que algo había cambiado. Luego vimos las noticias. A las diez dijo que estaba muy cansado. Se duchó y se fue a dormir. Leí durante una hora. Luego me acosté también.

Esta mañana hemos ido de compras. A la vuelta a casa ha bajado a tomarse otra vez el aperitivo con los amigos. Mientras tanto yo preparaba la comida. Me he puesto la tele de la cocina. Las noticias son horribles: terremotos, guerras, muertes... La he apagado. A la hora prevista no ha aparecido. Me ha llamado para que me vaya con él. No he querido moverme. Ahora son ya casi las doce de la noche. Aún no ha vuelto. La comida se ha quedado fría. Su cena también. He pasado la tarde planchando con la tele encendida como ruido de fondo. Luego he escrito una carta.

Este hombre, por quien tan pocas cosas siento ya,

Volvió a las tres de la madrugada. Lo esperé hasta la una, luego me acosté. Venía ebrio como una cuba. Lo delató el ruido de platos en la cocina y las palabrotas. Se refugió en la salita. Sabe que en esas condiciones es mejor que no se me acerque. No quiero llevar la vida del animal que todo lo aguanta sin rechistar. Ya se lo he dicho muchas veces y no quiere entenderme. ¿El tiempo sabio y prepotente resolverá todo?

Pienso con miedo que se olvidará de mí. En cuanto deje de llamarme tendré que interpretar que me ha olvidado. Eso facilitará la calma. El problema es que no quiero olvidar nada. Me aterroriza pensar que él pueda olvidarse de mi... ¡No quiero perderlo...!

Hoy es el último día de septiembre. Un mes sin verlo.

La herida, tan regada de recuerdos, no se cura. Tendría que cerrar este oficio tan inútil de enamorada irredenta. Con un mes de distancia sigo pensando que los momentos vividos junto a él han sido los más felices de mi vida, sí, seguro, me-

jores incluso que los que hubiera podido soñar. No es fácil olvidar. Me dijo ayer al teléfono, tal vez para consolarme, que todo ha sido una ilusión.

Podría tener solución inmediata si borramos la memoria. Es quizá remedio único, y el más justo. No me atrevo a tomar la decisión. Soy débil, mala jugadora e indecisa. Tengo miedo al futuro. Mi matrimonio, tanto tiempo agonizante, ya se ha hundido. Ahora es un barco que reposa a miles de metros de profundidad. Los últimos días han dado prueba definitiva del desastre. He dejado de luchar por mi dignidad. Llevo junto a el la misma vida que un perro. Cuando le viene en gana, el amo lo acaricia, y cuando no, le da una patada. También puedo romper con todo y quedarme sola… horriblemente sola… me falta coraje...

Y cuando pienso que ese extraño de mi vida podría colmarme de felicidad aunque tenga un montón de defectos que él no ve… Y mientras tanto aumenta mi cariño. Lo quiero tanto que aceptaría cualquier decisión que tomara. Si me dijera “vente” abandonaba todo. Cualquier cosa que deseara la daría por buena, la aceptaría como justa e indiscutible, salvo no volver a saber nada más de él... sería tan duro... Es, y ya no puedo evitarlo, la parte más importante de mí vida, un rayo de sol en mis tinieblas, y quiero que siga siéndolo. Si me apartara de esa luz me quedaría en la más absoluta penumbra.

*

Ayer, ocho de octubre, me dedicó una letanía de agudezas que me hacían reír y llorar al mismo tiempo. Me gusta estar en mi mesa de trabajo porque tengo permanentemente la esperanza de que una de las llamadas sea la suya. Cuando lo oigo, el día se convierte en una fiesta, se llena de sentido. Entiendo que mi comportamiento le parecerá un poco extraño a quienes me rodean: recuerdo lo que me ha dicho durante varios días seguidos y me entristezco o sonrío en los momentos más inoportunos. Posiblemente la gente piensa que estoy loca, pero no me importa…Sí, estoy algo loca... y estoy feliz… loca y feliz.

Le agradezco que tenga en tan alta estima mis palabras. Sé muy bien que no merezco tales elogios. Mis días son más densos ahora. Mis hijos me exigen mucho tiempo. Así dejo menos espacio a los recuerdos y a la tristeza, y eso me agrada.

En lo que se refiere a los planes no me quiero engañar: no hay planes. Me he rendido ante la realidad. Él se ha convertido en un fantasma cuya voz, clandestina, solo puedo oír de vez en cuando. A veces me parece que todo lo he inventado yo misma, que no existe en la vida real. No quiero pensar en el futuro. Vivo al día, como una mariposa, contentándome con este trocito de felicidad que tengo ahora. Hay que saber esperar a que el maestro más grande, la vida, nos dé unas lecciones más porque me siento tan torpe e indefensa como una niña chica que va por primera vez al colegio. Tengo que aprender tantas cosas en la vida para poder seguir viviendo... Y sintiendo su apoyo, la tarea me parece más fácil. Necesito a ese desconocido que ha entrado en mi vida aunque sepa que

es príncipe de otra fábula… y no de la mía. Necesito a ese fantasma bueno...

Me ha dejado atormentada la conversación telefónica que hemos tenido hoy, veintiuno de octubre. El invento de la telepatía sería el más terrible de todos los tiempos. La humanidad se vería privada de uno de los derechos más propios, el de conservar en secreto una parte de sus pensamientos íntimos. Nadie más que yo sabe lo que llevo dentro. Me gustaría muchísimo saber también lo que él está pensando, pero todavía sigue siendo un enigma. Su estilo no se parece en nada al de los otros. He conocido a muchos. Todos coincidían en su inequívoco interés por mi cuerpo, le ha interesado a tan poca gente mi espíritu... Cuando acepté que alguien se acercara a mí ya tenía veintiún años. Me casé unos años después. Estaba enamoradísima. Nunca antes ni en los próximos años sospeché que aquello pudiera desmoronarse. Eran tiempos tan felices. Trabajábamos juntos decorando la casa, colocando los muebles, haciendo proyectos…

Las cosas se alteraron cuando mi marido cambió de trabajo. Empezó a ganar tres veces más que antes, y eso nos beneficiaba a todos, pero a los pocos meses vino por primera vez muy tarde. Aquella noche lo vi extrañamente nervioso. Me dijo que había celebrado no sé qué con sus compañeros. La escena volvió a repetirse. Luego ya no buscaba justificaciones, sencillamente decía que como trabajaba mucho, tenía derecho a descansar como más le gustaba. Empezó a ganar más. Se transformó en un rico de grado menor con las costumbres del rico de grado mayor. Dejó de leer, dejó de atender a sus hijos y, parecía lógico, dejó de interesarse por mí.

Ahora solo lo conmueve el dinero, las grandes y elegantes reuniones, los coches deportivos y el alcohol. Y yo también empiezo a degradarme junto a él. Antes leía casi siempre, ahora la televisión envenena nuestras vidas con los programas más estúpidos. Todo el trabajo de casa recae sobre mí al servicio de las horas que él trabaja... son tantas y tan prolongadas...

Hace poco estuve sacando cosas de los armarios y encontré dos libritos de notas de hace unos años. Estaban llenos de títulos de libros que habíamos leído, apuntes que tomábamos después de visitar exposiciones, de una película nueva, de citas de los libros, de trozos de poesías que nos gustaban... Me contaba cientos de cosas chispeantes con ese humor tan propio. Yo también trataba de encontrar fuerzas para describir irónicamente mi vida. ¡Y cuánto amor, cuánto sufrimiento compartíamos por entonces! Tengo los armarios llenos de aquellos recuerdos felices. No he podido ser interesante para él, he dejado que otras personas influyan más que yo. Ahora me doy cuenta. Tiene razón cuando dice que he cambiado mucho, sí, soy más exigente y no le perdono muchas cosas que antes olvidaba con facilidad... Se ha llenado la casa de riquezas en la misma medida en que ha ido desapareciendo el bienestar en que se amparaba en nuestro afecto. ¿Y qué nos queda? No sé. Si queda algo es muy poco, casi nada. Él me dice que me quiere como antes, pero no hay ni una sola prueba que lo muestre. Se está transformando en un monstruo sin sentimientos. A veces, muy pocas, veo en él al hombre a quien tanto amaba y en sus ojos descubro al

hombre inteligente que fue, cada vez se disipa más la imagen.

Tiene razón mi amigo lejano cuando me dice que la felicidad está en lo que lleva uno dentro. Voy a intentar convencerme de ello. Tengo muchísimos motivos para sentirme feliz: mis hijos, mis padres, mis amigos... mi amistad con él... Me gustaría también decirle a gritos que lo quiero, que no puedo vivir sin él, que siempre tengo su imagen ante mis ojos, que no puedo ver tranquilamente a mi marido, que me irrita cómo habla, cómo me trata, que me da náuseas cuando intenta acariciarme... ¿Querrá saber todo esto...? ¿Querrá oírlo...? Pienso que no, mejor que me calle y trate de hablar de otras cosas y teñirlas de ironía. He pronunciado las palabras *te quiero* dos o tres veces en mi vida, y siempre estuvieron dirigidas a mi marido. Mi educación, bastante rígida, no me permite hablar de sentimientos.

*

Hoy es día tres de noviembre. Tendría mil cosas que decirle. El tiempo no está cumpliendo con su obligación de curar las heridas. Al revés. Las últimas dos semanas han sido tenebrosas. Los tristes pensamientos no me dejan en paz ni un solo minuto. ¡Me gustaría que se apiadara de mí! Me parece un infierno no recibir sus llamadas. Cuando por fin sonó el teléfono el viernes, me sentí tan emocionada que se me cortó la respiración. El corazón me latía tan fuerte que en los primeros minutos apenas podía hablar... Vivo de llamada en

llamada esperando oír su voz. No me importa lo que me diga. Lo quiero oír como sea.

*

Cinco de noviembre. Han pasado más de tres meses y trato de analizar con más tranquilidad. Me sentí hechizada a su lado, sí, me sentí henchida de admiración, inexplicablemente feliz, escuchándolo... No veía a nadie alrededor, sólo a él... Cuando regresé al hotel me dije: *Olvídate chica. Es el príncipe de otro cuento. No es para ti...* Aún soy consciente de ello, comprendo toda la inutilidad de nuestras relaciones tan extrañas, es la cosa más absurda del mundo, entiendo que soy muy egoísta... y no pude hacer nada, nada de nada... Todo lo que siguió a la noche mágica fue un terrible error cometido por ambos. De nada sirvió la presencia de mi marido, tan entretenido en sus asuntos. Si no hubiera dejado que me hablara, si no le hubiera contestado, si hubiera podido contenerme... Tendré que inventar alguna manera para encontrar la calma... Son las diez menos cuarto y esta mañana no me ha llamado. Entiendo que estará ocupadísimo... En realidad solo quería añadir una cosa más: aunque ahora el viento se llevó esos pensamientos tan tristes que a veces me hacen sufrir sin consuelo, le agradezco que haya irrumpido tan inesperadamente en mi vida. El es a la vez mi tormento y mi felicidad...

*

Diecinueve de noviembre. Miente. Me decía que no tenía ninguna varita mágica, pero aún así me parece imposible lo que me ha dicho y cómo me han transformado sus palabras. Parece un sueño y todavía no me lo creo. Me ha corregido la vida. Todo el día me ha acordado de él, y me he sido muy feliz... Nada me ha hecho tan feliz en mis últimos años como cuando en la soledad de mi rincón he decidido lo que voy a hacer. Ahora el mundo es otro. Podría arrepentirme de ello, pero no me importa. Rompo con mi pasado y me voy. Solo se vive una vez y voy a cambiar la decoración de mi existencia… por lo que cueste… Tal vez saldré ganando. Solo los pusilánimes están condenados a la mediocridad. El mundo es de los valientes. Sé que a su lado seré, estoy segura, la mujer más importante de su vida, pero los méritos los llevará otra, la suya, la de siempre… Y no me importa. Las cosas son como son y nosotros tenemos la necesidad de acomodarnos a ellas.

# YAFAR

*Trascripción del pergamino CJ-89 hallado en Benzuaique, lugar donde encontró su muerte Abu Amir Hamid.*

En el día de hoy y con un pie en la eternidad, yo, Abu Amir Hamid, pido a la muerte, que sé que me acecha, una prórroga para llevar mi testimonio hasta el final y desvelar mis secretas actuaciones. Vivo escondido en un recóndito pueblo hospitalario. Borré mi nombre, mi origen y mi historia, y gracias a ello conservo la vida. Aunque creen que soy (y me alegro de que así me vean) un pobre nómada, quiero decir al mundo entero que he sido el gobernador del Califato hasta perder el favor de su Majestad. La huida me ha traído hasta aquí para contar mi crimen y mi gloria, y al tiempo mi osadía, el ardid capaz de proporcionar a Mi Señor Al-Hakem la requerida descendencia.

Nací en Córdoba. He vivido en Damasco y Bagdad, y he viajado por las ciudades más grandes y ricas del mundo. Y sé que la mía es la más refinada y fastuosa de tantas cuantas

conozco. Allí los palacios, el oro y el lujo rivalizan en grandeza y elegancia con Alejandría y El Cairo. Allí los placeres se multiplican al ritmo que marca el deseo. Allí fui yo un humilde servidor de Palacio cuando los ricos pusieron de moda añadir a sus árabes bienes mujeres cristianas de noble origen y condición. La costumbre de comprar esclavas vino después. Eran éstas más proclives a mostrar su rostro y otros encantos en festejos nocturnos, al amparo de instrumentos, juegos y bailes.

Y quiso el Todopoderoso que El Califa de Córdoba, Mi Señor, no quisiera poner su harén en las delicadas manos de los eunucos, sino en las rudas y aviesas maneras mías, concediéndome así una inmerecida confianza. Sólo ahora que veo tan cerca la muerte puedo decir que saqué provecho en placer y riquezas a tan honroso encargo. Unas y otras venían hacia mí, se disputaban mi posesión y afecto. Ni el Califa ni persona alguna en Palacio puso límites a aquella ambiciosa y disoluta tolerancia.

Una cautiva vasca llegó un día al harén, elegida por mi humilde persona y porque así lo permiten y aconsejan las costumbres. La joven cristiana, deslumbrante y humilde, se convirtió, sin que yo lo advirtiera, en mi favorita. La esclava Aurora pasaba las horas junto a mí, mientras cumplía yo el diario oficio de procurar a Su Alteza los medios necesarios para perpetuar la estirpe. Grandes fueron mis esfuerzos por ofrecer a los ojos y al deseo del Califa, Mi Señor, tantas cuantas mujeres moras o infieles, vírgenes o mancilladas, fueran capaces de proporcionar la descendencia que exige tan brillante dinastía. He llevado al serrallo preciadas concubinas

traídas de rincones remotos del mundo, y ardientes y experimentadas mozas de fertilidad inequívoca. Mi señor, que ha aceptado el ceremonial exigido en tales menesteres, ha mostrado pereza y desinterés, y mucho más empeño por multiplicar la mayor biblioteca que ha conocido el orbe que por el ritual que exige el acercamiento a una dama para procurarse la descendencia. Y veía yo cómo el tiempo limitaba la esperanza.

Un día, a orillas del Guadalquivir, un emisario que llegó a Córdoba cargado de pergaminos me habló en secreto de una mágica mora de Bagdad. *Existen unos ojos* —me dijo— *por los que han suspirado tantos cuantos caballeros creyentes o infieles han tenido la oportunidad de contemplar de cerca*. Y yo, consciente de mi responsabilidad ante la historia, y viendo que la reputación de la hembra se había extendido por notables del Islam y cristianos reinos, me propuse ofrecérsela entre sedas al Califa, Mi Señor.

Recaudé en palacio todos los bienes que podía ofrecer y me puse en camino. La compré, después de un largo viaje, para Mi Señor, Al-Hakem, a cambio del oro que sólo el Califa de Córdoba podía haber pagado por ella. Y la protegí por tierras y mares, y velé día y noche para que hombre alguno se acercara a ella, convencido de que esta vez sí iba a germinar la ansiada semilla. Y me abstuve de catar el glorioso bien, como ha sido mi costumbre, por dejarlo por entero a Mi Señor. Y decoré y dispuse los aposentos y pormenores que habían de concluir con el encuentro entre la mujer más hermosa y el más grande entre los califas.

Quiero que sepa la humanidad toda, cuando estas cosas puedan conocerse, que ni la mora de Bagdad, ni sus tapados encantos, ni su mirada serena y cautiva sirvieran para cumplir el efecto esperado. Y no lo impidieron los desvelos de mi señor, ni la carga de los asuntos de su gobierno, ni la respuesta a una enfermedad desconocida, sino su más palpable y definida y única tendencia por quienes pertenecían a su misma condición y sexo. Pude saber que Mi Señor había elegido secretamente recrearse en la pasión y goce de los hombres, y que aquella querencia inoportuna hacía presagiar el fin de su linaje.

Y viendo que la continuidad del más grande dominio del orbe estaba en peligro de internas luchas y ataques enemigos, y que los notables de palacio exigían en silencio cualquier desesperado esfuerzo, y que a cuatro años ya de los cincuenta un inesperado incidente podía acabar con la vida de Mi Señor, resolví utilizar tantas cuantas trampas, autorizadas o no, fueran posibles por el bien del califato. Y en uno de aquellos amaños llegó la descendencia.

Aurora y yo preparamos la argucia. La bella y astuta mujer debía acudir con una excusa baladí a las habitaciones reales poco después del amanecer y de haber sido cuidadosamente disfrazada de efebo. El rey debía creer que un error de su guardia personal había permitido que un joven osado compartiera su lecho. La antigua esclava, el joven muchacho, cuya masculinidad había cuidado hasta en el más ínfimo detalle, se presentó en los aposentos reales cuando el protocolo y el rey exigían que fuera una bella y sana mora la convocada. Habíamos urdido el plan con todo detalle para que pareciera

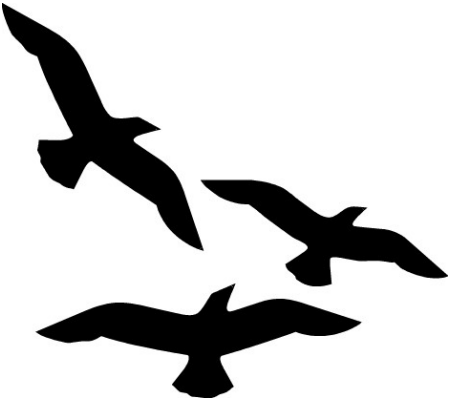
un reprochable error en la vida de palacio. La antigua cristiana disfrazada de varón había errado el camino, según dijo al Rey, y descubierto a su Alteza preparado para una labor más relacionada con las exigencias del trono que con sus propios instintos. El soberano, confundido en lo inesperado del encuentro, engañado por las apariencias, dio a la genealogía de los Al-Hakem ese único vástago que necesitaba para la perpetuidad de la estirpe.

Mi diestra amiga pasó de concubina legal a reina madre, pues en eso el Islam no entiende de orígenes, orientando así el porvenir de la dinastía. Aunque ocupado con sus pergaminos, ha gustado a su Alteza ver a la Soberana con ropas de varón, y prefirió llamarla Yafar, nombre en que ella ocultó su cualidad de mujer. La sultana Aurora fue también artífice de mi ascensión deslumbrante, y ella me nombró Alcalde del Palacio, y fuimos los dos dueños reales y ocultos del califato.

Viví por entonces años de bienaventuranza y poder, protegido por la Reina. Juntos nos ocupábamos de los asuntos del gobierno. Supo la Sultana ser Yafar para El Rey, Mi Señor, y favorita mía. Compartíamos los tres el secreto de Palacio y llegó a ser tanto y tan grande mi poder en el reino que un día la ira regia vio en mi persona el enemigo de su gloria. En poco tiempo mis favores fueron anegados, mis aposentos reducidos a una oscura mazmorra, y yo acusado de alta traición por doblegar la voluntad de la reina. Y fui condenado a muerte.

No guardo rencor. Quiso el Omnipotente que fuera yo el designado para evitar la desaparición de la estirpe de Al-

Hakem, Mi Señor, y también quiso que pudiera huir de allí con la ayuda de mi amada Reina; y ha querido que vuelva a mis orígenes, a la pobreza, donde nací, y abrigado en ella, y enfermo y consumido, he de morir en breve.

¡Hágase la voluntad del Todopoderoso!

(*Pergamino conservado en el Museo Árabe-Andalusí de las Alpujarras, si alguna voluntad malévola y temeraria no lo ha cambiado de lugar.*)